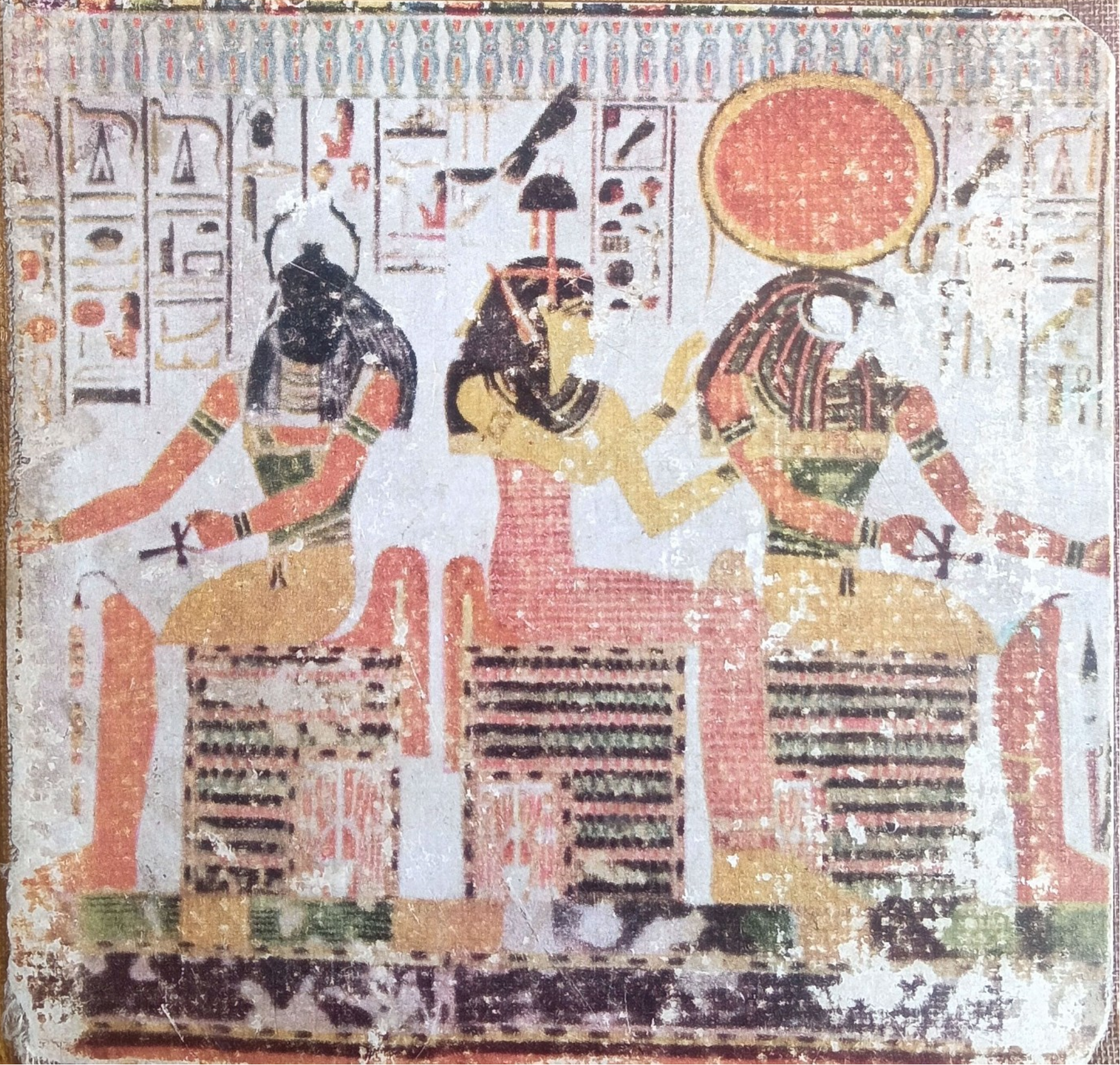
LA CIVILIZACION DEL NILO

POR J. O. ESPASANDIN

BIBLIOTECA BILLIKEN ★ COLECCION ORO



LA CIVILIZACION DEL NILO

ESTE LIBRO

LA civilización egipcia constituye uno de los hechos más asombrosos de la Historia. Cuando todo el resto de la humanidad se hallaba todavía en una fase rudimentaria de su desarrollo, los egipcios habían alcanzado ya la madurez de su cultura, en formas que hoy sorprenden por su grandeza, por la capacidad de intuición que implican y la gran organización colectiva de que dan testimonio. No obstante, aquella originalísima civilización no tuvo, como la griega, la virtud de crear formas universales que pudiesen fertilizar el espíritu de otros pueblos. Su influjo ha sido escaso. Sus conquistas quedaron confinadas en la cuenca del Nilo. Y es quizá hoy, a una distancia de miles de años, cuando el pueblo egipcio comienza a ser mejor comprendido y a influir, de este modo, fuera de su órbita.

En esta visión panorámica de la civilización egipcia no hemos querido limitarnos a la simple máscara arqueológica con que suele presentarse en libros para exámenes. Que el joven lector antes de pensar en tales exámenes piense él mismo en examinar con atención y con amor la honda fisionomía de los hechos es nuestro más caro deseo al publicar este libro.

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCIÓN ORO

2

La CIVILIZACION DEL NILO

Por

J. Otero Espasandín

CON NUMEROSAS
ILUSTRACIONES

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

DERECHOS RESERVADOS

HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY

PRINTED IN ARGENTINE

Se acabó de imprimir el día 10 de diciembre de 1941

TALLERES DE LA EDITORIAL ATLÁNTIDA
Azopardo 579 - Buenos Aires

INTRODUCCION

UN río es un agente esencialmente activo. No se limita a fluir sobre una configuración dada del terreno, sino que es un escultor por excelencia, un modelador, ora delicado y paciente, ora violento, de la fisonomía del paisaje.

El río inicia el modelado de su cuenca en el borde mismo del mar. A medida que arrastra hacia su desembocadura los materiales erosionados, su cuenca se amplía, va ganando terreno hacia el interior, captando aguas sobre un área más vasta cada vez. De aquí que su punto de origen tenga sólo una fijeza relativa. A lo largo de los siglos las corrientes de agua desmochan las crestas de las cordilleras y tienden a captar las aguas de la vertiente opuesta. La cuenca de los ríos, originada en un punto de la costa, se agranda en sentido

opuesto al del fluir de las aguas. Los materiales de acarreo, rechazados por el oleaje, tienden a depositarse en el punto en que el empuje del agua fluvial y el de las olas se equilibran. Detenidos los acarreos por un empuje frontal — pues es sabido que las olas tienden a incidir, por razones mecánicas, según la línea de la costa — llega un momento en que emergen del nivel de las aguas formando una isla de forma más o menos triangular, con el vértice enfilado como una proa hacia el interior y la base perpendicular al avance de las olas. Esta isla de aluvión, por la semejanza de su contorno con la letra griega Δ*, ha sido denominada* DELTA. *Naturalmente, además de esta acción mecánica de las aguas, concurren otras, de origen químico principalmente, a la formación del delta del río y de los terrenos de aluvión en general.*

Si el terreno por donde el río avanza es blando y llano, el cauce oscila a uno y otro lado de su eje longitudinal en curvas sinusoidales o meandros, que a veces se rompen y enlazan formando islas aquí y allá a lo largo del cauce; otras veces las orillas se esfuman en lagos y pantanos donde el declive es escaso; pero si el cauce es rocoso y la pendiente acusada, la corriente se concentra y en-

fila, como para intensificar la acción erosiva y tajar los obstáculos. En cuanto las aguas encuentran un terreno poco resistente o un desnivel acusado, socavan un foso, el cual, por sucesivos derrumbes, retrocede río arriba. El río desmocha las crestas de los montes y tiende a captar las aguas de la ladera opuesta en las líneas indecisas de las cimas. De este modo el terreno desciende de nivel a través de larguísimos períodos y el paisaje adquiere un modelado suave, de amplias líneas de horizonte, tendidas en sortilegio de colinas. Estos materiales se depositan en el cauce, por orden de densidad, en estratos que posteriormente se cementan; si por cualquier causa la superficie de sedimentación sufre presiones intensas, dichas capas sedimentarias se pliegan, hunden o elevan y pueden dar origen a nuevas montañas.

Las sustancias orgánicas arrastradas por las aguas forman un terreno rico desde el punto de vista agrícola; surgen así selvas de especies muy diversas sobre las que convergen animales numerosos, desde los pájaros a los grandes rumiantes, que el hombre caza al comienzo y domestica más tarde, a medida que su capacidad e inventiva se acrece.

Constituye el río una excelente ruta de exploración; por él puede el hombre aventurarse hasta el corazón de los continentes en piraguas y otras embarcaciones, seguro de la ruta de regreso marcada por el avance de las aguas. De no ser por los ríos, muchas selvas del corazón de Africa y América estarían aún por explorar.

Pero el río alcanza un significado excepcional cuando, en los albores de la Historia, el hombre pasa de una vida nómada de cazador o pastor a una vida sedentaria, mediante la selección y cultivo de ciertas plantas de semillas alimenticias como las gramíneas (trigo, centeno, cebada, mijo) o las leguminosas. No sólo la corriente arrastra sales, limos y otras sustancias fertilizantes, sino que, por el riego, permite a las plantas absorber los elementos nutritivos depositados en tierras antes estériles por la sequía.

La vida sedentaria elimina riesgos y cuidados, reduce el grado de incertidumbre en que el hombre vive, con lo cual la población aumenta y con ella las necesidades de la comunidad. Se hace, pues, necesario ensanchar las áreas de cultivo con la ampliación de los riegos por medio de canales, presas, diques, etc. Pero esto exige a su vez coor-

dinación de esfuerzos, fijeza de vínculos sociales, subordinación a intereses comunes, diferenciación jerárquica... De este modo la sociedad evoluciona por el imperativo de necesidades crecientes, por la creación de nuevas técnicas, por los beneficios de la riqueza asegurada.

Pero esta riqueza es codiciada, el suelo cultivado y fecundo atrae nuevas masas de población, de las que es preciso guardarse. Nacen así los ejércitos, defensivos al comienzo, agresivos después si a mano viene, sometidos a una disciplina, pertrechados de armamentos de creciente eficacia.

No hay cultura sin cierto grado de fijeza en las relaciones sociales. El sabio, el pintor, el músico no se conciben en una sociedad poco densa y en perpetuo movimiento. Es necesario el estímulo recíproco entre los hombres, la permanencia de los problemas, el acicate de necesidades difíciles de soslayar y muchos otros factores nacidos de la vida en común, para el progreso. Y el río, con su poder de fijación primero, y con los problemas que su utilización lleva aparejados después, suele constituir el más valioso factor geográfico para el desarrollo de los gérmenes creadores del hombre. Nada tiene de particular que los antecedentes de

nuestra civilización actual hayan de ser buscados en las cuencas de los ríos asiáticos y del Nilo. A este último y a la cultura que nació en sus márgenes, van dedicados los siguientes capítulos.

I

EL NILO

DESPUES del Mississipi, prolongado por el Misuri desde la confluencia de ambos, es el Nilo el río más largo del planeta, con 6.497 Km. de cauce, por 6.650 Km. del Mississipi-Misuri. Este cauce se extiende desde el 3º al sur del Ecuador a 23º norte, en el extremo del Delta, en el Mediterráneo; recorre, pues, en línea recta 26º de meridiano.

Su origen ha sido desconocido hasta fines del pasado siglo. Es curioso que habiendo los egipcios acometido empresas audaces de navegación, como la de dar la vuelta al Africa a partir del mar Rojo, con el retorno por las Columnas de Hércules, desconociesen el origen de su riqueza y se hayan

contentado con explicaciones en extremo ingenuas sobre la procedencia del Nilo. Para ellos, la corriente que inunda las tierras y las fecunda con sus copiosos limos, descendía del cielo inmediatamente por las cataratas de Assuan, o bien salía de las regiones inferiores, como un reptil de entre las rocas que guardan su escondrijo. Estas fantasías, tras muchos milenios de civilización, causaban estupor a Herodoto, espíritu realista, cuando visitó el país en el siglo V antes de Jesucristo.

Hoy existen dos criterios por lo que al origen del Nilo se refiere: con arreglo a uno, el río se prolonga más allá del lago Victoria Nyānza por el Kagera; con arreglo al otro, es el Njarongo, afluente del anterior y de igual caudal, el que debe tomarse como origen.

El Kagera procede de los montes que se alzan al NE. del lago Tanganyka; la altura de sus fuentes es de 1.863 metros sobre el nivel del mar. Antes de unirse al Njarongo lleva el nombre de Ruwuwo, y recibe dos principales tributarios, el Muwarasi y el Luwirosa. Entra en el lago Victoria por el O. y sale por la bahía de Jinja, encontrando a poco trecho las cataratas de Rippon, de cerca de 4 metros de altura y unos 360 de ancho.

Pasado el fuerte Foweira, a unos 450 Km. del Lago Victoria, se precipita en un desnivel de 35 metros de altura, formando las cataratas de Murchison. Entra en el lago Alberto Nyanza — 480 metros más bajo que el Victoria — donde se reúne con otros ríos, entre ellos el Semlike, que recoge las aguas del macizo Ruvenzori; a partir de este lago recibe el Nilo el nombre de Bahr-el-Gebel o Bar-el-Yebel. Libre el paso, avanza ahora majestuoso y seguro con dirección Norte. Deja la meseta del Africa Central, y una vez pasados los rápidos de Fola, entra en el Sudán anglo-egipcio, en cuyas llanuras sus márgenes se desdibujan por dividirse el río en varios ramales a través de una zona pantanosa; estos ramales llevan nombres diferentes, como Bar-el-Yebel o río de las montañas ya conocido, Bar-el-Seraf o río de las jirafas, y otros. Estos brazos tornan a reunirse en las cercanías del lago No, a donde afluye, procedente del Oeste, el Bar-el-Ghazal o río de las gacelas, síntesis a su vez de múltiples corrientes.

En estos pantanos y lagos las aguas depositan el légamo y sustancias vegetales que arrastran; estas últimas llegan a recubrir el cauce del río hasta una altura de varios metros, en algunos casos, for-

zando a las aguas a seguir una ruta subterránea. Los elefantes y los hipopótamos se pasean sobre esta capa de materias vegetales depositadas a lo largo de los siglos, que por imposibilitar la navegación se denominan *la barrera* o "sudd". Salen de aquí las aguas como filtradas y transparentes, por lo cual el río se denomina Bahr-el-Abiad o Nilo Blanco a partir de este punto. De igual condición, en cuanto a la transparencia, son las aguas del río Sabat, que se incorpora al Nilo por la derecha, y es navegable, a partir del lugar de confluencia, en una profundidad de 350 Km.

Al llegar el Bahr-el-Abiad a Khartum recibe lo que, con justo título, pudiéramos llamar su *brazo derecho,* el Nilo Azul o Bahr-el-Azrak.

Nace éste en el lago Tzana, en Abisinia, a 1.760 metros sobre el nivel del mar; su curso independiente tiene una longitud de 1.340 Km. a través de tierras de labor casi todo él. En su curso final pasa entre elevadas laderas formadas de tierras rojas, de naturaleza volcánica, que las aguas arrastran en el período de la crecida y que, depositadas más tarde, constituyen el limo fértil a que el valle del Nilo debe su fecundidad desde épocas remotas.

Pasado Khartum empieza el Nilo *medio*, encajonado entre dos desiertos de extrema sequía que se derrumban sobre el valle del río en sendos paredones; éstos llegan a alcanzar en ciertos puntos 300 metros de altura.

En este trayecto el Nilo se caracteriza por los rápidos que lo escalonan hasta Assuan, en una distancia de 1.800 Km. De esta distancia ocupan los rápidos 562 Km. con una caída total de 200 metros.

La única aportación que el Nilo recibe en este trayecto es la del Atbara, muy importante durante la crecida y casi nula durante la época del estiaje. El caudal disminuye, no obstante, a causa de la sequía del aire, producida por el calor que reflejan los desiertos laterales, el cual provoca una intensa evaporación.

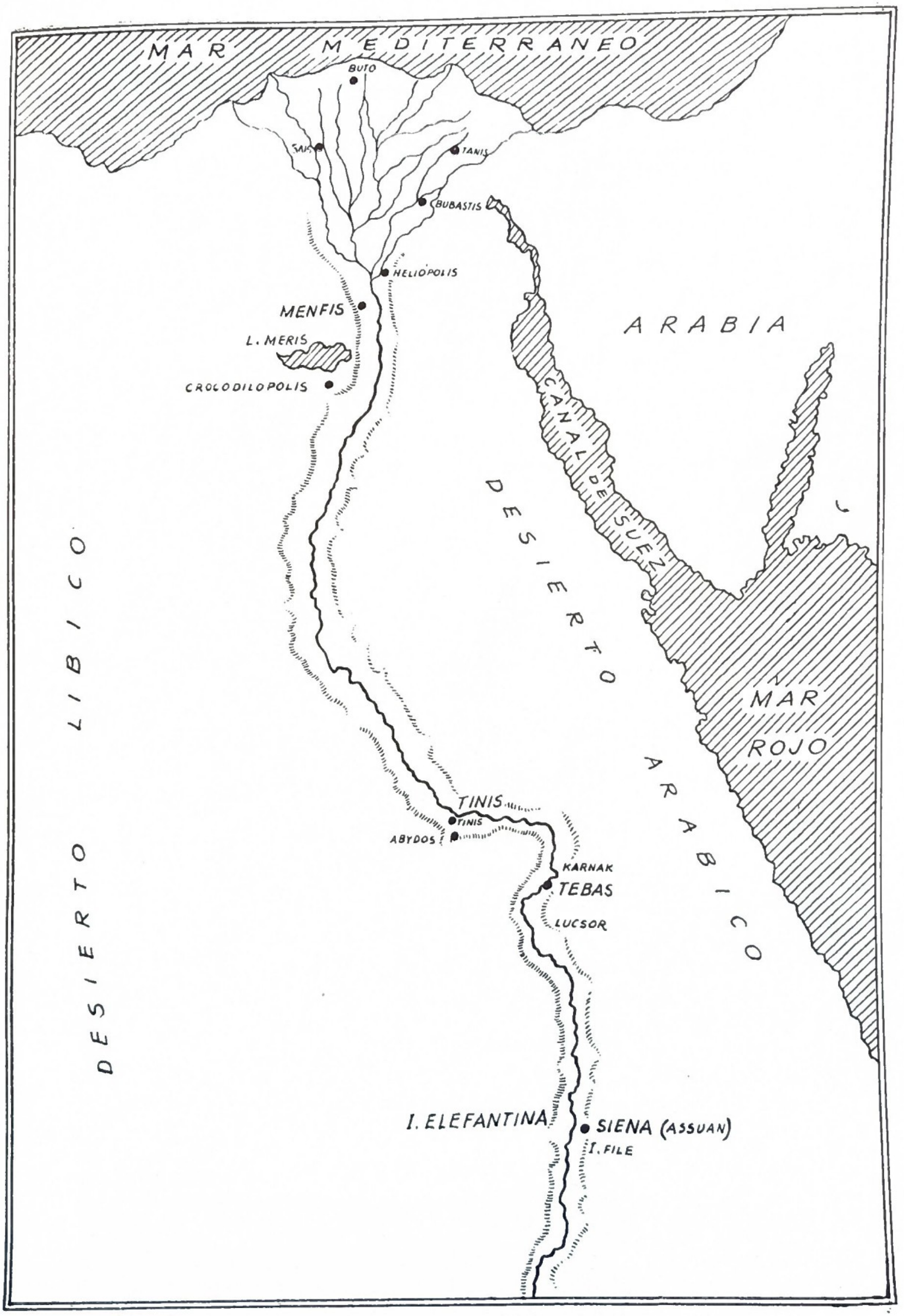
A 82 Km. de Khartum hállase la sexta catarata del Nilo, enumeradas a partir de su curso inferior. En ella las aguas descienden un nivel de 6 metros en poco más de una longitud de metro y medio de cauce.

La quinta catarata hállase un poco más al norte de Berber; consta de tres rápidos escalonados en poco más de un kilómetro de cauce, con un des-

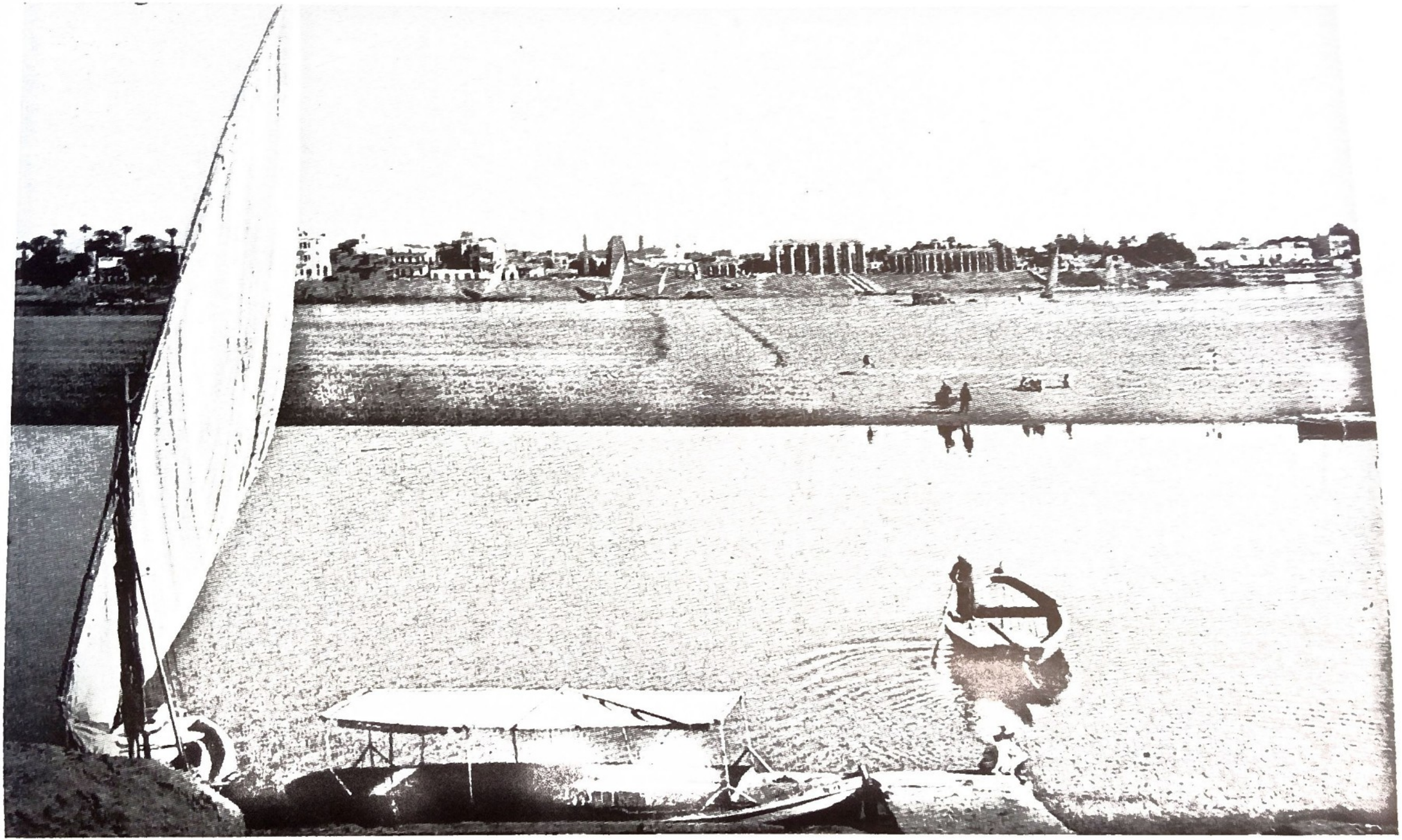
censo total de 60 metros. La cuarta catarata encuéntrase entre Abu-Hamed y Meravi, en un retroceso en ángulo agudo del río; el cauce desciende en una longitud de unos 100 Km. una altura de 50 metros. Siguen los otros rápidos del río hasta Assuan, donde se encuentra el último y donde el curso del Nilo es regulado mediante una de las obras más perfectas de la ingeniería moderna, de que hablaremos más adelante. En Assuan, la antigua Syena, empezaba el misterio del Nilo, deidad bienhechora que regularmente derrama sus dones sobre las sedientas tierras de cultivo.

Aquí empieza el Nilo *inferior*, de corriente uniforme, con un desnivel insignificante, de 11 centímetros por kilómetro de cauce; esta regularidad de corriente unida a la profundidad de las aguas, hacen del bajo Nilo una excelente vía fluvial por la que circulan grandes barcos de carga y turismo. Las aportaciones son aquí también insignificantes.

El Nilo deltaico empieza a la altura de la actual capital de Egipto, El Cairo. El valle del río, hasta aquí encajonado entre las paredes del desierto, se abre en abanico a derecha e izquierda. El Delta es un verdadero vergel recorrido por los canales del Nilo, que dispersan las aguas de riego sobre



Mapa de Egipto



Una vista del Nilo, con el templo de Luxor al fondo

las tierras llanas y feraces. Antiguamente las aguas salían al mar por siete bocas, reducidas a dos en la actualidad, la Roseta y la Damieta, llamadas también la Rashid y la Dumyat, respectivamente. Sus nombres antiguos eran los de ramal "fanítico" y "balbético". Por el primero derivó, según la leyenda, el cofre que conducía el cuerpo de Osiris, muerto alevosamente por su rival y hermano, el dios del desierto, Seth, hacia Byblos.

En su mayor parte, las aguas del Nilo se consumen en el riego y en la evaporación al extenderse sobre el valle y el Delta. Las residuales son depositadas en un festón de lagos salados cerca de la costa del Mediterráneo.

El nombre del Nilo procede del griego "Neilos", transformado en el "Nilus" latino. Según autorizadas opiniones, a su vez la palabra griega deriva de la hebrea "nahal" o "nahar", que significa corriente.

Sus márgenes se alzan paulatinamente a partir del extremo del Delta; en El Cairo, el nivel de la tierra negra en que el lecho se encaja, es de 4,50 metros respecto de la altura mínima de las aguas; en el Alto Egipto esta altura alcanza a 8 metros.

La cuenca es amplia al comienzo, pero poco a

poco se va angostando como el cuello de una bo-
tella. En Khartum el río está plenamente formado.
Se abre paso a través de la meseta de Nubia, sobre
la que domina la greda; pero a lo largo de los
siglos las rocas subyacentes han ido quedando al
descubierto, y es sobre ellas donde se forman los
rápidos y cataratas. Pasada esta meseta se encuen-
tra un terreno calcáreo compuesto en parte de es-
queletos de animales marinos diminutos (nummu-
lites), reconocibles en los ladrillos y adobes de
remotas edificaciones, y en las rocas calizas de
los templos.

Para los geólogos, el valle del Nilo forma parte de una falla o ruptura del terreno que se extiende desde la desembocadura del Zambeze por los lagos Tanganyka, Victoria Nyanza y Alberto Nyanza, y se prolonga más allá del Africa por la fosa del mar Muerto y el cauce del Jordán.

La anchura del valle, si bien varía de un lugar a otro, lo hace dentro de unos límites muy restringidos. En Nubia esta anchura oscila entre 8 y 15 Km., y en Egipto entre 20 y 50. Pero no toda la anchura del valle es cultivable, pues, paralelas a las paredes del desierto, corren dos franjas de terreno pedregoso y silíceo que las aguas

no alcanzan a fecundar con sus légamos. Así, pues, la parte cultivable del cauce del Nilo no llega a superar en parte alguna, exceptuado el Delta, 15 Km. de anchura.

En la formación del limo, que las aguas arrastran durante la crecida, entra un 48 % de arcilla o alúmina, un 18 % de carbonato de calcio, una porción de óxido de hierro, otra de sílice, etc.

Pero no se crea que estos acarreos elevan en medida apreciable el nivel del suelo. Para llegar a depositar una capa de 12 centímetros de espesor se requiere el transcurso de un siglo. Más rápido es el crecimiento del Delta a expensas del mar, pues se calcula el avance de las tierras a razón de unos 4 metros por año.

La profundidad de los aluviones no es constante; en el Delta oscila entre 15 y 16 metros; en el resto del cauce se valora entre 10 y 12 metros. No obstante la proximidad del desierto, la aportación eólica es insignificante con relación a la del río.

II

LAS CRECIDAS

EL hecho más sorprendente del Nilo son las inundaciones y, sobre todo, su regularidad; nada tiene de extraño que el calendario ajustase el comienzo del año a la subida del agua. La crecida del Nilo, a la vez que crea el suelo vegetal, "la tierra negra" o "Kemt" de los egipcios y "aigyptos" de los griegos, lo riega periódicamente. Sin este riego el calor del desierto haría imposible la vegetación.

La causa de las inundaciones son las lluvias invernales del Africa ecuatorial, de la región de los lagos, y las de primavera, especialmente en mayo, de Abisinia. También contribuye a este fin la fusión de las nieves del Ruvenzori y otros mon-

tes africanos, que acrecientan el caudal del Nilo prelacustre y de sus afluentes, como el Semlike, el Njarongo, etc. Las lluvias ecuatoriales son encauzadas y conducidas por el Nilo Blanco y las de Abisinia por el Nilo Azul y el Atbara.

La primera oleada es la del Nilo Blanco o Bahr-el Abiad; llega a Khartum a comienzos de abril y al cabo de dos meses, o sea a comienzos de junio, alcanza las islas próximas a Assuan, la de Philae y la de Elefantina. Esta primera oleada, anticipo de la inundación, arrastra principalmente residuos vegetales de los lagos y pantanos del curso superior; de aquí el nombre de *ola verde* con que se la conoce. Con un mes de rezago llega a Khartum la *ola roja* del Nilo Azul, cargada de lodos ferruginosos desprendidos del suelo volcánico del oeste de Abisinia. A partir de entonces las aguas del río avanzan torrenciales cauce abajo y sobre el 15 de junio empieza a sumirse el paisaje bajo este mar revuelto de agua dulce. La tierra negra, sedienta y abierta en profundas grietas por el sol tórrido del trópico, se entrega sumisa y gozosa al ímpetu fecundante de los remolinos del Nilo.

Culmina la inundación en Assuan a fines de

septiembre o en la primera quincena de octubre. A partir de entonces, por el estiaje del Nilo Azul y del Atbara, se inicia el descenso de las aguas. En enero, febrero y marzo, las tierras de labor van quedando sucesivamente al descubierto, abonadas para la cosecha. Así Egipto, siguiendo el ciclo regular de las inundaciones del río, pasa de un mar de polvo a un mar de agua dulce y a un jardín de flores, según la frase de un conquistador árabe.

A ambos lados del cauce se levantan diques superiores a la altura de la crecida, que se abren en ciertos puntos para dejar paso al agua. A partir de estos diques paralelos a la corriente, arrancan otros perpendiculares, que avanzan hasta los cantiles del desierto, quedando así el terreno dividido en parcelas de 3.000 a 60.000 acres de extensión. (Cada acre equivale aproximadamente a 40,5 áreas o Dm^2.). El agua almacenada en cada uno de estos compartimientos o "hods" sale, una vez depositados los limos, al inmediato inferior por aberturas practicadas en los diques.

Hasta tal punto depende la cosecha de la altura de las aguas durante la inundación, que los antiguos fijaban los impuestos de antemano mediante los "nilómetros", especie de torres o muros eleva-

dos en sitios convenientes y graduados en codos y fracciones de codo sobre el nivel mínimo del río. (El codo, como se dice en otro lugar, equivalía a 52 cm.). Dice una autoridad en la materia:

"La altura adecuada para una buena irrigación variaba de una provincia a otra; era conocida e inscripta entre las indicaciones grabadas sobre codos-patrones o "nilómetros", de los que se han encontrado especímenes en distintos sitios. En Elefantina, una buena crecida correspondía a una elevación de 28 codos; en Edfu era preciso un nivel de 24 codos 3 ¼ palmos; cuanto más se asciende hacia el Norte menor era la elevación adecuada: en Mendes y en Xois se contentaban con 6 codos. Hacia la época greco-romana se estimaba en 16 codos la elevación conveniente. Por esto la famosa estatua del Nilo del Museo del Vaticano, que representa al dios tendido, con el cuerno de la abundancia, está rodeado de dieciséis niños, todos del tamaño de un codo. Si la altura no alcanzaba dieciséis codos, era desastrosa y lo mismo si rebasaba dicha cifra".

Conviene recalcar que tanto por defecto como por exceso, la crecida puede tener funestas consecuencias. Aunque la periodicidad de su apari-

ción es maravillosamente regular, su caudal puede, en cambio, sufrir variaciones catastróficas. Lo mismo pueden las tierras quedar en seco, que ser arrasados los poblados y morir ahogadas las reses por el ímpetu incontenible de las aguas. De estos azares quedan testimonios escritos en las estelas; una de éstas, del tiempo de la tercera dinastía, conocida como la "estela del hambre", consigna estas lamentaciones del faraón:

"Estoy desolado porque el río no se ha desbordado en un período de siete años. Los granos faltan, las tierras están desecadas; cuanto sirve de alimento perece. ¿Que un hombre implora el auxilio de los demás?... Todos le huyen. El niño llora, el joven languidece, el corazón del anciano se abate y sus piernas no tienen fuerza; se dobla sobre la tierra con los brazos cruzados".

Todo esto explica que el Nilo haya sido divinizado desde tiempos remotos. En primer lugar se les aparecía a los egipcios como un milagro, pues ni su origen ni las causas de sus crecidas les eran conocidas. Se puede remontar el cauce durante meses sin que se encuentre una región lluviosa, ni una cima nevada, algo que aclare su secreto. Cuanto más penetraban hacia el Sur más se extremaba

la sequía y el calor. ¿Cómo, al revés que los demás ríos, el Nilo crece cuando la sequía estival comienza?... Todos estos hechos hicieron que los egipcios elevasen el Nilo a la categoría de una deidad bienhechora, que derramaba sus dones a manos llenas sobre el país.

Herodoto (484-424 a. de J. C.), que visitó el país, y como buen heleno procuró informarse por sí mismo de las cosas, nos dice que existían templos, sacerdotes y un culto organizado a la divinidad que representaba el Nilo, en casi todas las ciudades levantadas en sus orillas.

Esta divinidad era Hapi, dios antropomórfico o de figura humana. En una de sus representaciones aparece con cuerpo vigoroso, opulento de carnes y con pecho de mujer; a su cintura está arrollada una cuerda cuyos extremos caen sobre sus caderas. Está calzado con sandalias, tocado con un gorro que termina en una corona de plantas acuáticas y en sus manos aparecen, sobre una mesita de ofrendas, espigas, pescados, aves y flores.

Estas representaciones varían con las épocas y lugares. Así, en un bajorrelieve, Hapi se nos aparece en cuclillas, con un vaso de libaciones en cada mano y coronado con un gavilán y un buitre,

símbolos del Norte y del Mediodía, o sea del Bajo y Alto Egipto, respectivamente. En torno suyo se enrosca una serpiente, simulando el recinto donde el río mora, con una abertura entre la cabeza y la cola por donde el agua se derrama para inundar las feraces vegas.

El Nilo es como el cordón que enhebra toda la vida material y espiritual de los moradores de sus orillas; sus savias generosas corren por los mitos, las instituciones sociales, la poesía...; al mismo tiempo que las tierras, fecunda los espíritus de los hombres. El Nilo ha inspirado la primera poesía sagrada.

"Tiemblan — dice un himno — los que ven a Hapi cuando bate sus olas; pero los prados ríen, las riberas florecen, las ofrendas descienden; los hombres le rinden homenaje y el corazón de los dioses se exalta".

En el solsticio de verano, cuando los remolinos de agua llegaban a Syena (la Assuan de hoy), se celebraba una fiesta, a la que a veces asistían los faraones en persona en calidad de sacerdotes supremos; en otros casos delegaban sus funciones en sus hijos o en los sacerdotes de Hapi. Entre otras ceremonias, se sacrificaba un toro y se arrojaba a

la corriente un papiro al que se atribuía el mágico poder de llevar la crecida a sus justos límites. Se cree que en épocas remotas se arrojaba al agua una doncella para hacer honor al poder fecundante del dios.

Cuando el faraón asistía a la ceremonia se registraba el fasto en una estela; de éstas se han encontrado y traducido algunas que nos permiten conocer el nombre particular del sumo sacerdote.

Pero el Nilo no aparece adscripto a una sola divinidad a lo largo de la historia de Egipto. Según luego veremos, los mitos, productos del espíritu cambiante de los hombres, se transforman y evolucionan con el tiempo. Como se dice en otro lugar, el Nilo aparece también simbolizado por Osiris, el dios que preside la fuerza generadora, el ímpetu vital, el que enseñó a los hombres el cultivo de las tierras y las industrias; en otros casos el río es debido a las lágrimas de Isis, la esposa de Osiris, que llora la muerte de este último a manos de Seth, su rival. Pero sean cuales fueren las deidades en que se encarna, siempre es objeto de la máxima reverencia por parte de los hombres, agradecidos a sus dones.

"El agua de la vida que está en el cielo llega;

viene el agua de la vida que está en la tierra. El cielo arde por ti, la tierra tiembla por ti, delante del nacimiento del dios. Las dos montañas se abren, el dios se manifiesta, el dios se posesiona de su cuerpo.

"¡Miradlo! Sus pies son besados por las aguas puras; los dioses han venido y te han traído el agua pura de tu padre. Ellos te purifican, ellos te inciensan, ¡oh, rey! Tú traes el cielo de la mano, tú extiendes la tierra bajo tu pie. La fresca libación está servida a la puerta de este rey. Todos los dioses lavan en él su cara y tú lavas tus dos brazos, ¡Osiris! Tú lavas tus dos manos, ¡oh, rey Nilo!"

Dice otro himno:

"Salud a ti, Hapi, que brotas en esta tierra y llegas para dar vida a Egipto; tú que escondes tu llegada en las tinieblas en el mismo día en que se canta tu venida, ola que se extiende sobre las riberas, que Ra ha creado, para dar la vida a todos los que tienen sed y que rehusa abrevar el desierto con el desbordamiento de las aguas del cielo. Desde que tú desciendes, Geb se enamora de los panes, Nepri presenta su ofrenda, Phtat hace prosperar todo taller. ¿Sufren sus dedos, o están

parados? Entonces los millones de seres son miserables. ¿Disminuye en el cielo? Entonces los hombres y los dioses mismos perecen; los animales se vuelven locos y en la tierra entera, grandes y pequeños, padecen suplicio. Al contrario, si los hombres son recompensados cuando sube y se hace nombrar Khnum (creador para ellos) desde que se eleva, entonces la tierra grita de alegría, todo vientre está gozoso, toda espalda es sacudida por la risa, todo diente muele".

En este himno al Nilo, traducido por Masperó, aparece expresado con una violencia bárbara cuánto la tierra, los animales, las plantas y los hombres deben al río. No conocemos ningún otro documento que ponga de relieve como éste las profundas apetencias de la vida en sus primarias manifestaciones.

III

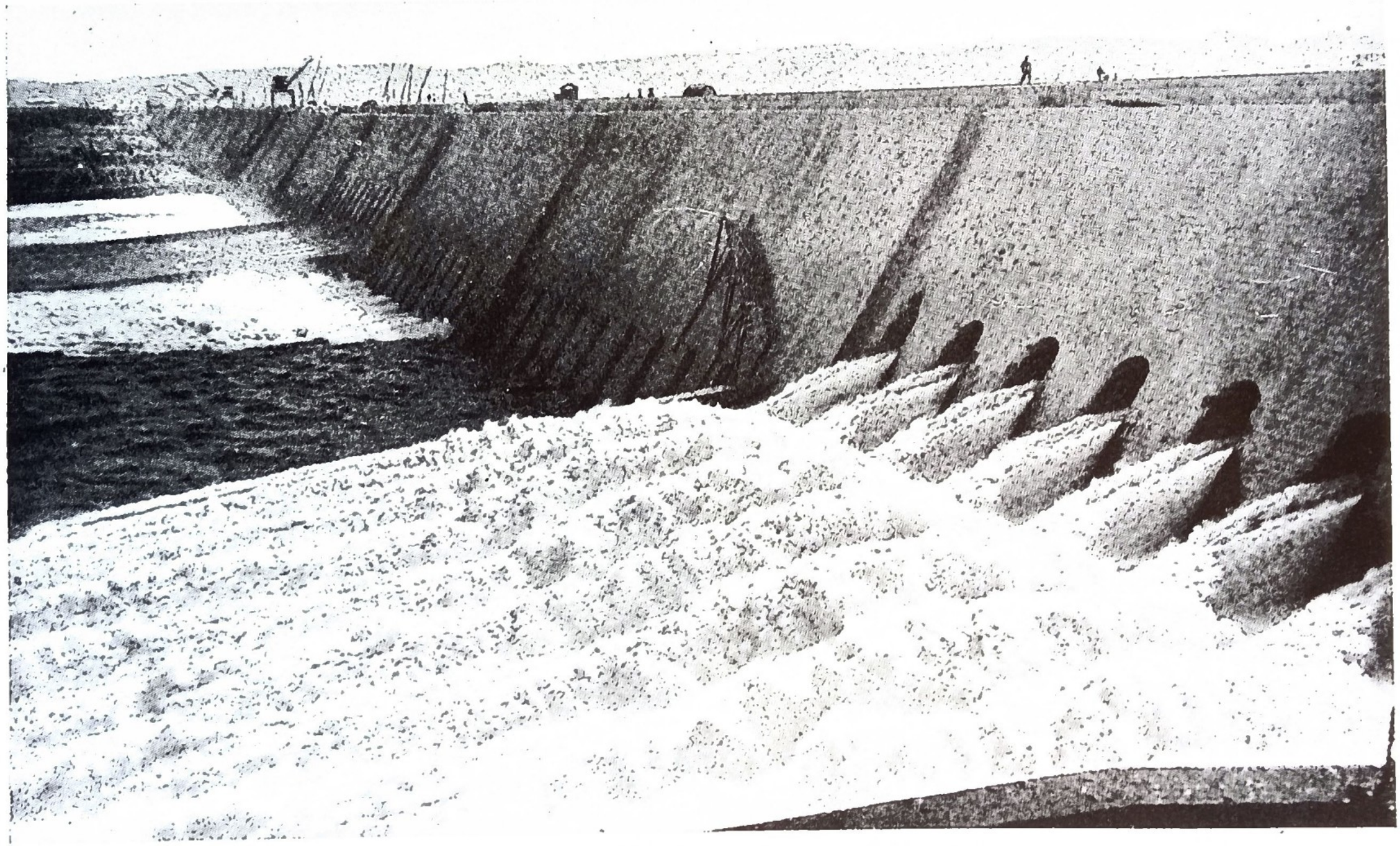
CLIMA Y CULTIVOS

EL Ecuador pasa por el lago Victoria Nyanza. Desde aquí el Nilo avanza hacia el Norte hasta los 23º, o sea que todo el cauce se extiende dentro de la zona tórrida, como una colosal serpiente verde entre las arenas leonadas del desierto. Por el Nilo avanzó la agricultura desde la más remota antigüedad hacia el corazón del continente negro; por su corriente penetraron los peces marinos hasta los lagos del Africa ecuatorial. Pero los desiertos adyacentes y el sol han contribuído poderosamente a la prosperidad egipcia. La sequedad de los desiertos absorbe la humedad del ambiente y el sol mata los miasmas perniciosos a la vida del hombre. Sin estas dos condiciones, el va-

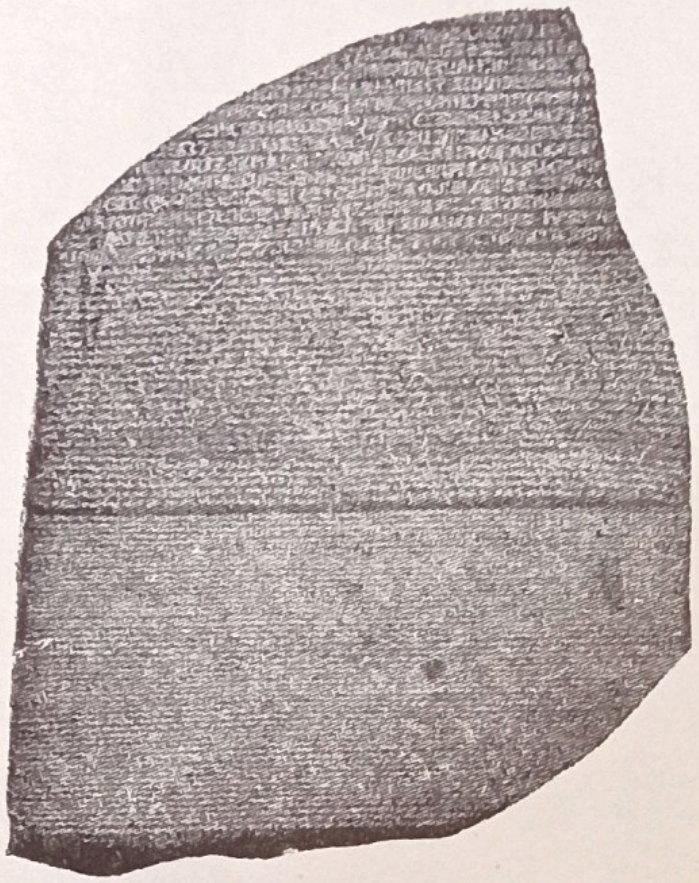
lle del Nilo sería un foco de enfermedades palúdicas y la sociedad no hubiera podido desplegar en él una actividad sostenida. Dice Diodoro de Sicilia que el Nilo "es el solo río en torno al cual no se elevan nieblas ni fríos vapores que hagan pesado el aire". Sólo sobre el Delta, por su proximidad al Mediterráneo y por la superficie de evaporación que las aguas de riego ofrecen, se forman algunas nieblas. Pero pronto son disipadas por el viento.

Los desiertos se enfrían rápidamente durante la noche y precipitan en forma de copioso rocío el vapor de agua que se eleva de las tierras empapadas y del cauce mismo del Nilo. Este rocío compensa en parte la escasez de lluvias. Los vientos más frecuentes proceden del Norte y se enfilan por el cañón del río esparciendo su frescor. Pero también sopla de vez en cuando el temido viento del desierto, especialmente en marzo y abril. Los antiguos lo personificaban en el dios Seth, hermano de Osiris y su eterno rival. Los árabes llaman a este ardiente enemigo de las frondas y los frutos el *khamsin*.

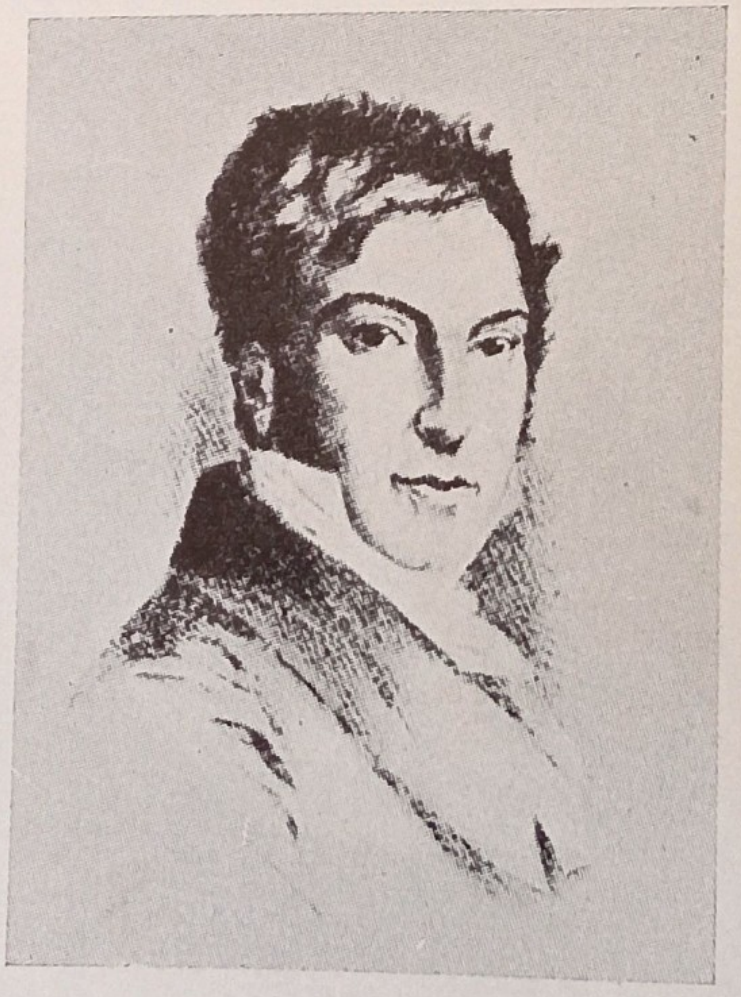
A continuación damos las temperaturas medias



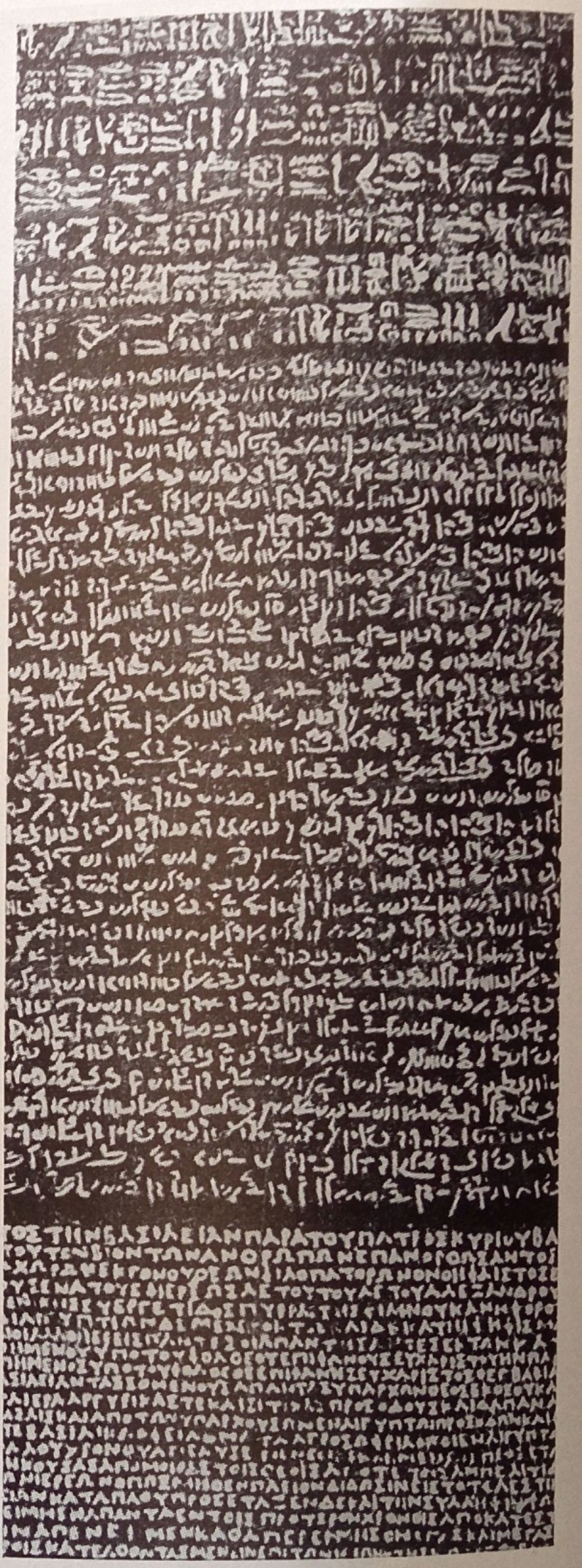
Un aspecto de la presa de Aswan, gigantesca obra de ingeniería moderna para regular las crecidas del Nilo.



Trozo de basalto llamado "Piedra Rosetta", que permitió la lectura de los jeroglíficos.



J. F. Champollión, el primero que descifró los jeroglíficos.



Detalle de la Piedra Rosetta con los tres tipos de escritura.

de algunas ciudades en grados centígrados:

Alejandría	26.6º
El Cairo	21.3º
Kossier	24.6º
Kenneh	26.5º
Tebas	29.0º

Por estos datos podemos hacernos cargo del clima del país; pero como las bajas temperaturas pudieran compensar las elevadas, es preferible, para formarnos una idea más cabal de las condiciones climáticas, comparar las temperaturas máximas anuales con las mínimas, como se ve a continuación:

	Cálidos	*Fríos*
Alejandría	26.2º	14.4º
Kossier	29.4º	18.3º
El Cairo	29.1º	11.9º

Vemos así que las oscilaciones anuales de temperatura son realmente insignificantes. Según palabras de Herodoto "un perenne verano reina en el Alto Egipo".

Sobre el cielo sereno, por donde sólo cruza de vez en cuando una nube fugitiva, el sol despliega

todo su poderío y magnificencia. Dora las mieses, destila exquisitos dulzores en los frutos, despierta las flores de loto adormiladas bajo el rocío mañanero, extermina los miasmas de los limos. Con breves intervalos de crepúsculo, el sol se levanta en el horizonte oriental, se pasea sobre sus amplios dominios como potente soberano, orgulloso de su creación, y desaparece por el ocaso, con muy pocas variaciones durante el año. Por esta razón los egipcios dividían el día en doce horas de sol y otras doce de sombra u oscuridad.

El sol y el Nilo rigen toda la vida material y religiosa del pueblo egipcio y comparten por igual los fervores y la gratitud de los hombres. Como veremos más adelante, el faraón se levanta para rendir tributo al sol naciente, y tanto él como los sacerdotes remedan en sus ceremonias dentro de los templos la diaria peregrinación solar por la bóveda celeste. En su honor se han compuesto hermosos himnos desde tiempos remotos, como el que reproducimos a continuación.

"¡Tú te alzas hermoso, Aton viviente, señor de la eternidad! ¡Eres radiante, eres bello, eres fuerte! Grande y dilatado es tu amor; tus rayos brillan

para los ojos de todas las criaturas; tu faz se ilumina para hacer vivir los corazones.

"Tú has inundado las Dos Tierras de tus amores, ¡oh, señor hermoso, que se hizo a sí mismo, pues tú eres madre y padre para tus criaturas! Sus ojos, cuando tú te levantas, se vuelven hacia ti. Tus rayos iluminan toda la tierra; todo corazón se exalta al verte cuando tú apareces como su señor. Mas cuando reposas en el horizonte occidental del cielo, los seres se acuestan como muertos; sus cabezas están cubiertas, sus narices cerradas, hasta que se renueva tu resplandor a la mañana en el horizonte oriental del cielo.

"Entonces sus brazos adoran tu Ka. ¡Tú vivificas los corazones con tus bellezas y por ti se vive! Cuando otorgas tus rayos, toda la tierra está de fiesta: se canta, suenan los instrumentos musicales, se grita de alegría en la corte del castillo del Obelisco, tu templo en Ikhutaton, el lugar donde tú te complaces, donde se te ofrecen los alimentos.

"Eres Aton, vives eternamente... Has creado el cielo lejano para levantarte en él y ver desde allí tus creaciones. Estás arriba solo, y millares de seres viven para ti y de ti reciben por sus narices el soplo de la vida. Al ver tus rayos todas las flo-

res viven, brotan sobre el suelo y crecen por tu aparición; se embriagan ante tu faz. Todos los animales saltan sobre sus pies; los pájaros, que estaban en sus nidos, vuelan gozosamente; sus alas, que estaban plegadas, se abren para adorar a Aton viviente".

Como se advierte por el poema que acabamos de leer, el sol es el ente creador, el primer principio, de donde se han derivado todas las demás cosas, incluso el Nilo.

Creían los egipcios que el sol concentrado sobre los limos del terreno que las aguas traen con sus crecidas periódicas, creaba, por generación espontánea, los seres vivientes. Así dice Diodoro:

"El sol que deseca la superficie del limo, produce, se dice, los animales, de los cuales unos están acabados, en tanto los otros, que sólo lo están a medias, permanecen adheridos a la tierra".

Todas estas fantasías nos permiten formarnos una idea de la fecundidad del valle del Nilo. Basta arrojar las semillas sobre el fango y soltar el ganado a fin de que las hunda un poco al pisarlas, para que germinen lozanas y rindan copiosos frutos. Hoy se emplean todavía medios de cultivo de épocas milenarias.

La tierra produce tres cosechas. En noviembre siembran la primera, que recogen en mayo y comienzos de junio. Principalmente se obtienen de ella cereales. La segunda, sembrada en marzo y cosechada en octubre, produce el algodón, el arroz y la caña de azúcar. Tanto el algodón como el azúcar son de reciente cultivo en el país. A esta cosecha veraniega sigue otra, que también produce arroz, mijo y verduras.

Además de los productos señalados, se cultiva la cebada, de la cual se fabrican hasta tres clases de cerveza desde los tiempos más remotos, y que constituye la bebida nacional; el sorgo y el panizo, entre las gramíneas; la lenteja, el haba, los guisantes, entre las leguminosas; entre las hortalizas figuran la cebolla, el ajo, el pepino, el cohombro, el melón, la sandía, el perejil, la col, la lechuga, el rábano, la espinaca, la zanahoria, la remolacha, etc. Entre las especias hállanse la pimienta, el anís, el comino, el ceriandro y otras. Abundan las frutas, como la uva, el higo, la naranja, el limón y la granada; se cuentan, además, muchísimas palmas datileras, que rinden grandes cosechas. Pero en cambio existen escasas especies de árboles madereros. La madera para los templos era traída

especialmente del Líbano, donde el cedro y otras raras especies de árboles abundaban. En Egipto sólo existe una clase de palmera maderable que dió modelo a un tipo de columna propia de los templos.

Gracias a las enormes obras de ingeniería hidráulica, el Egipto moderno ha elevado en gran medida la productividad del país. El embalse de Assuan, inaugurado a comienzos del siglo, tiene una capacidad de más de once millones y medio de metros cúbicos (37.612.179.000 pies cúbicos ingleses) de agua, con la cual se pueden regar regularmente unos 70.000 acres de terreno, o sea 28.000 hectáreas.

Está formado este dique por un paredón de albañilería de 3.200 metros de largo por unos 18 metros de alto; consta de 180 compuertas por donde se deja salir el agua a medida de las necesidades agrícolas. Por encima de la pared de contención de las aguas corre una carretera espléndida. A fin de no interrumpir la navegación, fué preciso construír un canal de cerca de 4 Km. de largo con un sistema de esclusas que permite remontar el río a los barcos correos y de carga. Esta obra es una de las más perfectas del mundo en su género.

IV

ORIGEN DEL PUEBLO EGIPCIO Y SU EVOLUCION SOCIAL

EL primer problema que se plantea en relación con el pueblo egipcio es el de su procedencia.

El río fué un foco de atracción en todo tiempo; hacia él tuvieron que converger los hombres desde una época remotísima. Los cazadores de los desiertos vecinos habrán sentido el halago de las aguas pródigas del Nilo, especialmente cuando en ellos empezó a escasear la vegetación, y con ella los animales de cuya caza vivían. Porque es de notar que los desiertos de hoy eran hace muchos milenios muy diferentes. Existía en ellos una vegetación, si no muy abundante, al menos sufi-

ciente para que tribus cazadoras pudiesen vivir en zonas muy amplias. Ciertas extensiones del desierto próximas al valle del Nilo, hoy completamente estériles, podrían compararse a algunos lugares del Sudán habitados por tribus cazadoras que trafican con el marfil y con plumas de avestruz con los países vecinos.

Coincidiendo con la intensificación del clima desértico en el Norte de Africa, se cree empezaron los aluviones del Nilo a cuajar sobre el primitivo lecho pedregoso o arenisco, permitiendo el esbozo de los primeros ensayos agrícolas.

Los primitivos indicios prehistóricos se encuentran en los desiertos arábigo y líbico en su vecindad con Egipto. La caza y la pesca formaban la base de su subsistencia. Los esqueletos de estos hombres atestiguan su parentesco con los representados más tarde en los templos. Destácanse tres tipos fundamentales: el semítico, el líbico y el mediterráneo.

De la época siguiente, o mesolítica, se han encontrado escasos restos, y éstos sobre áreas muy restringidas en el valle del Nilo; parece como si la humedad los hubiera destruído o se hallasen

enterrados en capas del terreno no alcanzadas todavía por las excavaciones.

Los restos neolíticos o de la piedra pulimentada se nos aparecen, en cambio, con un grado de desarrollo y perfección asombrosos, respecto a los de las épocas precedentes. Entre ellos se encuentran armas y utensilios de piedra, cerámica, útiles y adornos en hueso, marfil, oro y cobre. Los hombres llevan vida sedentaria; han domesticado ciertos animales (buey, oveja, cabra, perro); han seleccionado plantas de cultivo como el trigo, la cebada, el mijo, de donde obtienen el pan; conocen las aplicaciones del lino a la fabricación de vestidos y el río empieza a ser ceñido a las necesidades de la vida agrícola mediante diques y canales de riego. Todo lo que en sus rasgos esenciales ha de ser la cultura egipcia, aparece ya bosquejado.

¿Qué tiempo invirtió el hombre nilota en el logro de todas estas ventajas? ¿A través de qué experiencias se pudo cimentar un ensayo de vida que había de durar más que ningún otro?

Hoy por hoy es imposible contestar. Lo que sí es evidente, es que todas estas conquistas sólo pudieron nacer de una creciente densidad de po-

blación, de una solidaridad espontánea o impuesta, de una convergencia de propósitos nacida de imperativos geográficos.

En las planchas de esquisto de esta época y en la cerámica, se nos muestra una gran variedad de objetos grabados, como remos, barcas, chozas, y sobre estas figuras, en lugares destacados, aparecen dibujos de pájaros, como el halcón, el ibis; de animales de mayor porte, como el hipopótamo, el lobo, el elefante y otras figuras de objetos animados o no. Estas figuras no desaparecen posteriormente, sino que se hallan tan entrañadas en la cultura egipcia, que hoy se acepta por todos que tenían un significado religioso y servían, además, como insignias de banderías o caudillajes. Para la mayoría de los historiadores, estas figuras representan el "totem" de los primeros grupos, o sea el animal o planta u otro objeto que se supone antepasado común de todos los miembros de una agrupación y a los cuales protege y orienta en vida. No podemos decir con certeza que las figuras de las planchas de esquisto fuesen realmente "totems", porque ignoramos el género de experiencia religiosa de los hombres de entonces, pero se cree que el totemismo es una forma primaria y universal de

religión, en ciertos momentos del desarrollo social y económico de las comunidades humanas.

La organización social de esta época era el "clan". El clan está constituído por un conjunto de personas con semejantes o iguales derechos; la riqueza es poseída en común y la autoridad reside en un tribunal de ancianos designados por la colectividad. Cada uno de estos clanes se hallaba adscripto a uno de estos emblemas o dioses, que serán repetidos con más o menos variante hasta el fin de la cultura egipcia, aunque con un contenido religioso diferente en mayor o menor grado.

Parece descontado que organizados en clanes dieron los egipcios los pasos decisivos de sus conquistas materiales. Bajo la insignia de los clanes, donde el interés social priva sobre las ambiciones individuales, pasaron a la vida sedentaria agrícola, ensayaron el aprovechamiento de las aguas del río para el riego, descubrieron la cerámica, las aplicaciones de los metales, las fibras textiles, etc.

Es imposible determinar el período de vigencia de los clanes, pero a juzgar por los adelantos conseguidos, cabe suponerlo de mucha duración.

Sobre el cuarto milenio se insinúa una evolución de los clanes hacia instituciones más amplias; los

primeros poblados y agrupaciones se desarrollan poco a poco y dan origen a ciudades edificadas en terrenos libres de las inundaciones. En estas ciudades se centralizan las funciones de la comunidad, se concentra el poder, y éste pasa de las manos del consejo electivo de ancianos de los clanes a las de un jefe, de una figura tal vez elegida al comienzo por razones de eficacia y más tarde ligada a una estirpe, o de carácter hereditario.

A esta evolución política va aparejada otra de índole religiosa, pues mientras las insignias de ciertos clanes se eclipsan o pasan a segundo término, las de otros acrecen su significación y ascienden a una categoría más amplia. En torno a estas ciudades embrionarias se perfila una nueva entidad social y económica, el "spat" de los egipcios o "nomo" de los griegos.

El nomo ocupa una comarca determinada, a la que el hombre está ligado en el orden religioso-administrativo. Este vínculo comarcal es lo que realmente diferencia al nomo del clan primitivo, pues en éste lo fundamental son los lazos familiares, la unidad de estirpe de los miembros y por tanto la subordinación al "totem" de que proceden. Lo mismo pueden vivir aquí que en otra parte,

pues adonde quiera que vayan, sus lazos no se disuelven. Por el contrario, el nomo supone una fijación, subordinación del hombre a una ciudad, dentro de una comarca más o menos amplia en que los hombres despliegan su actividad con carácter permanente. Ciudad y campo forman una unidad y no una antítesis; la ciudad viene a ser algo así como los castillos feudales, un lugar de refugio con dependencias para todos los trabajadores dispersos durante el día, una plaza fuerte al amparo de las inundaciones y de los ataques de los eventuales enemigos, con templo, talleres donde se elaboran útiles agrícolas, donde se transforman las materias primas, se almacena el grano y se recoge el ganado durante la noche y en la época de las inundaciones. Allí vivían artesanos, pastores, agricultores, el cuerpo administrativo, el jefe, los sacerdotes, los traficantes. A veces la ciudad está construída sobre un emplazamiento artificial. Posee murallas sólidas. Por su significación total ningún miembro de la comunidad puede desentenderse de ella. El templo del dios de cada nomo se alza sobre las pobres casuchas como un recinto hermético, sólo accesible a la suprema jerarquía del sacerdocio; en él se guardan los teso-

ros sagrados y viven las personas adscritas al culto, entre ellas el jefe del nomo, o *nomarca*.

La extensión de los nomos era reducida, al comienzo sobre todo, de tal modo que Masperó dice que dicha extensión permitía al campesino ir al mercado y regresar en una sola jornada. En los sitios angostos del valle la jurisdicción del nomo se extendía a ambos lados del río, de desierto a desierto; en cambio, en las zonas dilatadas no rebasaba una de las riberas del Nilo.

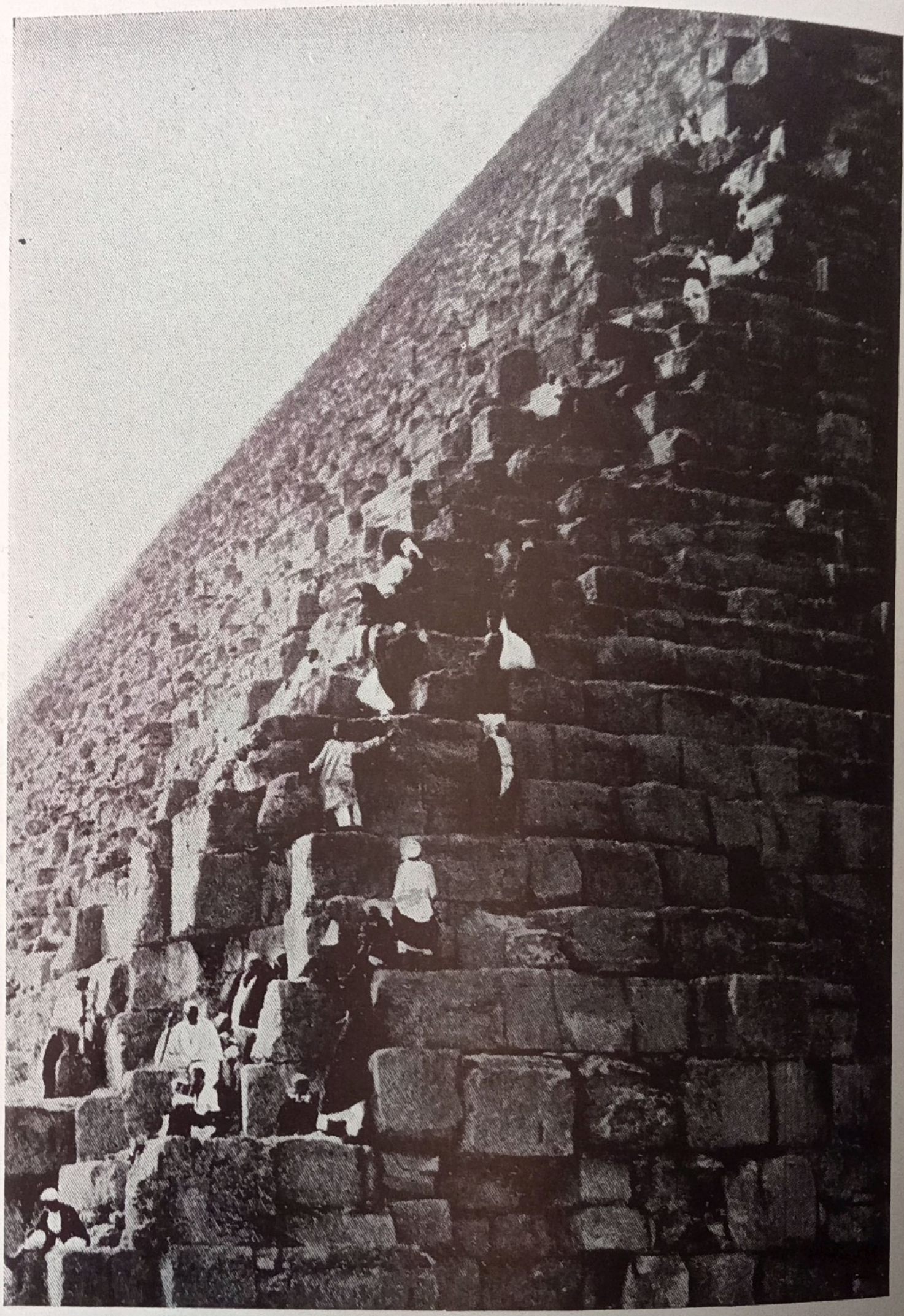
El doble carácter de entidad agrícola y unidad administrativa, subordinadas al representante del dios protector, constituye uno de los rasgos típicos de la civilización egipcia a lo largo de toda su historia. Pero es de notar que el dios de la ciudad no excluye la existencia de otros dioses dentro del mismo nomo; los dioses primitivos de los clanes subsisten convertidos en dioses de la ciudad o relegados a un segundo plano, y sólo al borrarse la fisonomía de cada grupo aglutinado en la nueva organización, surgen credos religiosos de mayor alcance. Pero una cosa que caracteriza la civilización egipcia es la constancia esencial de sus creencias y de sus deidades, aunque cambien en apariencia. Las insignias de los clanes y los nomos per-

duran hasta el último momento de su historia. La única reforma de carácter revolucionario llevada a cabo por Ikhnaton en favor de una concepción monoteísta, de un solo Dios, Aton, no fué secundada ni por el espíritu popular ni por los sacerdotes, cuyo poderío había crecido a la sombra de las divinidades tradicionales.

Por un proceso de asimilación político-religiosa, pasó Egipto de un mosaico de nomos inconexos a ser la nación más centralizada que la historia recuerda. Los nomos subsistirán como unidades administrativas, con sus dioses y sus templos, pero estarán sometidos a la mano firme del faraón. Si bien el número de nomos no fué constante, en ciertos momentos llegó a haber cuarenta y dos: veinte en el Delta y veintidós en el Alto Egipto. Los dioses de estos nomos aparecen sentados al lado de Osiris, como jueces de la conducta de los que aspiran a la eterna felicidad.

Pero estos dioses ya no se representan como animales (halcón, ibis, cocodrilo, escorpión, chacal), ni como árboles y símbolos abstractos, sino que estos seres pasan a ser atributos de una figura humana.

Vista general de las pirámides con la Esfinge delante. A la derecha, la "gran pirámide" de Keops; a la izquierda, la de Kefren.



Detalle de una arista de la "gran pirámide" cuyos bloques han quedado al descubierto y sirven de escalera a los turistas y curiosos. Obsérvese la uniformidad de los bloques cuyo número total asciende a 2.300.000.

V

EL MITO DE OSIRIS

UNO de los mitos que más influjo ha ejercido en la vida espiritual del pueblo egipcio, es el de Osiris. Este mito pone, además, de manifiesto la enorme transformación que se opera desde la concepción primitiva del totem a la de las deidades posteriores; éstas no velan por una prole limitada a los miembros de un clan o de un nomo, sino que su poder se extiende a todos los habitantes de un Estado y aun a toda la humanidad. Los dioses encarnan causas universales, fuerzas creadoras primarias, las virtudes necesarias al desarrollo de grandes colectividades. Los hombres proyectan sobre la imagen de las divinidades los valores perennes, las acciones ejemplares, las aspiraciones

terrenas y eternas. Los dioses forman una sublimación de la vida social, una supersociedad en contacto sin embargo con los hombres y sus necesidades diarias. Los dioses, los hombres, los agentes físicos, forman un solo cuerpo, un solo bloque movido por un solo afán. El egipcio no es un especulador, un analista disidente de la opinión común; antes bien, se siente una piedra de la gran pirámide, un elemento sumiso al conjunto de la comunidad, un eslabón que liga el pasado con el presente y el presente con el futuro.

En el origen, sobre los hombres reinaba Geb, la tierra, cuyo poder delegó en su hijo Osiris. Osiris, hijo de Geb, gobernó veintiocho años como ejemplar soberano, siempre atento al bienestar y al progreso de sus súbditos. Ayudado por Anubis y Upuat, dioses guerreros aliados suyos, conquistó el Alto Egipto. Reveló a los hombres el arte de trabajar los metales, de cultivar las plantas, de domesticar los animales, de moler el grano y elaborar el pan, el vino y la cerveza. Las artes de la paz florecen en el valle del Nilo; los hombres trabajan los campos; extraen el oro y el cobre de la tierra, de los que hacen estatuas; de la arcilla fabrican objetos de cerámica y adobes para la erección de

templos y viviendas. El río crece y decrece bien regido; riega los predios de donde la simiente brota; el sol se alza sobre la bóveda celeste para dorar los granos y encender las flores. Las tormentas y el aire ardiente del desierto, donde reinaba el iracundo hermano de Osiris, Seth, no osaban turbar la paz y la dicha de los hombres.

"Osiris, heredero de Geb y rey del Universo, justo y temido. Es el primogénito entre sus hermanos y el más antiguo de la divina Enéada. Es quien estableció la justicia en las Dos Tierras; él deja al hijo en el puesto del padre. Así es loado por su padre, Geb; amado de su madre, Nut; muy fuerte cuando derriba al rebelde; de brazo poderoso cuando estrangula a su adversario; hace sentir el miedo entre sus enemigos; incorpora las fronteras de los que conspiran para el mal; es firme de corazón cuando pisotea a los rebeldes. Heredero de Geb en el reinado de las Dos Tierras, pues este rey ha visto su mérito y le ha entregado la dirección de los países para el bien de todos. Ha puesto en su mano este país, sus aguas, sus vientos, su vegetación, todo su ganado. Todo lo que vuela, todo lo que planea, sus reptiles, sus animales del desierto, han sido transmitidos al hijo de Nut: y

las Dos Tierras se regocijan. Se yergue en el trono de su padre, como Ra cuando asoma al horizonte oriental; ha puesto luz en las tinieblas. Ha iluminado el espacio con el resplandor de sus dos plumas y ha inundado las Dos Tierras como el disco de Aton a la mañana; su corona traspasa el cielo, fraterniza con las estrellas. El, guía de todos los dioses, cumple sus mandatos, favorecido de la gran Enéada, amado de la pequeña Enéada".

Durante sus largas ausencias, cuando iba por toda la tierra enseñando a los hombres a trabajar los campos, a elaborar los panes, a batir los metales, a domesticar el asno, el perro, la oveja y el buey, gobernaba el país su esposa Isis, modelo de mujeres, hacendosa, versada en leyes y en artes mágicas. Su saber y virtudes en nada desmerecían las dotes de Osiris, su marido. Con Isis colaboraba Thot, gran administrador, prudente, sabio, maestro de las artes, patrón de los artistas y de los escribas. Dictó leyes y difundió el saber entre los mortales.

Pero Osiris era odiado por Seth, su hermano, cuyo poder temible dominaba el desierto infecundo, sus violentas tempestades, sus vientos abrasadores. Un día, conjurado con setenta y dos de sus

seguidores, invitó a Osiris a echarse en un cofre. Y una vez dormido, lo cerró y lo arrojó a la corriente del Nilo. Por la boca "tanítica", el cofre, con el cuerpo de Osiris, salió a alta mar y llegó hasta cerca de Byblos.

Isis, llorando la desaparición de su esposo, recorrió la tierra en su busca. Por fin llegó a Byblos, donde encontró su cadáver a merced de las aguas. Lo metió en un ataúd y lo trajo hasta Buto, ciudad del Delta, en Egipto.

Mas Seth, cazando a la luz de la luna, descubrió el cuerpo de su rival, al que cortó en doce pedazos. Estos fueron entregados a los que habían sido sus cómplices en la muerte de Osiris. De nuevo Isis emprende una trágica peregrinación en pos de los trozos del cuerpo de Osiris. A medida que los encontraba, ayudada por los dioses Anubis, Thot y Neftis, sus fieles aliados, los iba reuniendo. Como era maestra en las artes de la magia, con estos trozos formó una momia incorruptible donde el difunto esposo viviría en tanto la momia durase.

De Isis tuvo Osiris un hijo, que aquélla amamantó en la soledad hasta que fué mayor. Entonces lo presentó al tribunal de los dioses para que

lo reconociesen como legítimo heredero de su padre. Y una vez otorgado este reconocimiento, Horus, el hijo de Osiris y de su esposa y hermana Isis, libró con Seth terribles combates de los que salió vencedor. Seth, encadenado por Horus, fué así entregado a los dioses para ser castigado.

De este modo, Horus restauró la justicia entre los hombres y la prosperidad renació en el valle del Nilo. Por ello los hombres le han quedado reconocidos para siempre.

"Los hombres están reconocidos. Todos los hombres son felices, sus corazones están gozosos, sus pensamientos están en alegría: todos se alborozan, todos adoran sus bondades. ¡Qué dulce nos es su amor! Sus gracias envuelven los corazones; su amor es grande en cada cuerpo".

¿Qué son estas pequeñas y grandes Enéadas a que hacen referencia los himnos en honor de Osiris y de Horus?

Los egipcios carecían de un sistema religioso definido en un cuerpo de doctrina coherente. De aquí que sea difícil, y más en un libro de divulgación, hacer un cuadro más o menos completo de mitos y deidades egipcios. De todos modos, procuraremos dar una ligerísima idea sobre los

dioses más importantes de la religión profesada desde tiempos inmemoriales en el valle del Nilo.

Los teólogos de Heliópolis, ciudad de donde ha salido el calendario egipcio, y el foco más vivo del pensamiento egipcio y hasta, en ciertas épocas, de la política, creían que al comienzo de los tiempos existía un caos, un agua confusa donde flotaban los gérmenes de todos los seres y cosas. Este caos, o principio informe, es Num, de donde saldrán los seres divinos posteriores.

En el Num, o caos primordial, vivía un espíritu indefinido, en cuyo seno se hallaba en potencia la suma de los dioses y de toda existencia. Este espíritu es Aton. Pero Aton sufría de esta vagorosa existencia, de "no encontrar un lugar en que residir", de no tener forma que defina su ser. Entonces "deseó fundar en su corazón o espíritu todo lo que existe". Su anhelo era tan poderoso, que consiguió alzarse por encima del caos o Num, en un supremo esfuerzo de voluntad. Erguido sobre las aguas primigenias, el espíritu antes indefinido, sin forma ni confín, se convirtió en la luz, el sol, y tomó el nombre de Aton-Ra. Desde entonces, Aton-Ra es el creador poderoso de todos los demás dioses y seres; los crea dándoles nom-

bres; los crea con la palabra. "Yo he creado todas las formas con lo que ha salido de mi boca, cuando no existía todavía cielo ni tierra". Así, pues, el principio creador es lo que sale de la boca, la palabra, el nombre, el Verbo, según la teología de los sacerdotes.

"Aton es aquel del cual ha nacido toda cosa, las ofrendas, provisiones y todos los bienes. Ha hecho nacer los dioses, ha creado las ciudades, ha fundado los nomos. El colocó los dioses en sus templos, modeló las estatuas de sus cuerpos de modo que sus corazones sean satisfechos. Así los dioses entraron en sus cuerpos de toda madera, de toda piedra, de todo metal. Así ha reunido todos los dioses y sus Ka".

Carente de esposa, Aton sacó de sí mismo, por su solo poder, dos hijos, principios o elementos: Shu, el aire, y Tefnet, el vacío. A su vez, Shu y Tefnet engendraron a Geb, la tierra, deidad masculina, y a Nut, el cielo, su esposa. Al comienzo, o sea inmediatamente después de ser creados, Geb y su esposa vivían unidos. Pero después el aire se introdujo entre ellos y los separó. Nut, para poder sostenerse, apoya sus manos y sus pies sobre Geb; Shu sostiene con las manos el busto y el

vientre de la esposa de aquél y los mantiene apartados. Geb pugna por unirse con su esposa, y en este afán de alcanzarla nacieron las montañas.

Del cielo, Nut, y de la tierra, Geb, nacen las parejas Osiris e Isis, Seth y Nephtys. Este conjunto de dioses de que se originan todos los demás, forma la Grande Enéada divina, ante la cual comparece Isis con su hijo Horus, a fin de que sea reconocido como legítimo heredero de Osiris, como revela este texto:

"Es ella quien le hizo ascender, cuando su brazo fué vigoroso, a la gran sala de Geb. Entonces, la divina Enéada, rebosante de gozo, exclamó: ¡Ven, ven, hijo de Osiris, Horus, firme de corazón, justificado, heredero de Osiris!"

. . . . . .

"La función de su padre le es conferida. Sale coronado por orden de Geb. Tomó el gobierno de las Dos Tierras, la corona segura sobre su cabeza. Se cuenta la tierra como su propiedad... Se le trasmite toda la humanidad, Egipto, los pueblos del Norte. Lo que rodea al disco de Aton está bajo sus leyes, el Viento del Norte, el Río, la inundación, los árboles frutales y las demás plantas. El dios grano da toda vegetación, la alimentación

del suelo: trae la saciedad y la da a todos los países".

Pero téngase presente que, según las épocas, según los lugares, las creencias toman distintas modalidades. Así, al comienzo, el supremo hacedor fué Horus, representado por el halcón, el poblador majestuoso del espacio, superior al resto de las criaturas, pues se cierne sobre la tierra con inigualable dominio. Ningún otro animal puede simbolizar mejor que el halcón el principio creador, superior a la tierra y a todos los seres que la pueblan. Horus, en esta acepción, no es el hijo de Osiris y de Isis, sino un dios, un poder creador preexistente a todos los demás; es el Horus "de los dos ojos", el derecho, el sol, y el izquierdo, la luna.

Contra los ojos de Horus conspiran las fuerzas adversas, la noche, las tinieblas, que representa Tifón o Seth. Los egipcios de todos los tiempos están muy preocupados por los ojos de Horus, que sus enemigos intentan arrancar. La luna cambia de apariencia, aparece y desaparece; el sol se eclipsa, las nubes tempestuosas los ocultan. Contra sus adversarios debe luchar Horus constantemente para asegurar la felicidad de los hombres,

la supremacía del bien. A veces el rival no es Seth, sino la serpiente Apofis, oculta entre las nubes para devorar el sol (Horus) cuando pasa en su barca.

Más tarde los sacerdotes de Heliópolis, a base de todas las representaciones de Horus, elaboran un nuevo ente en el cual se resume la devoción de todo el país por el sol, divinidad por encima de los dioses locales, de los nomos y ciudades; este ente o dios, "el sol del cielo oriental", es llamado Ra, encarnado en los faraones vivientes, los cuales tendrán ahora dos nombres, el de nacimiento y el de la coronación, Ra. El mismo halcón, que hasta entonces representaba a Horus, dios de iguales atributos, representa ahora a Ra, niño cuando nace por el Oriente; varonil y pujante en el cenit; anciano arrimado a un bastón, en el ocaso. A veces se le representa amamantado por la vaca Hator y se le llama "ternero lechal de boca pura".

Pero una divinidad tan extendida como Horus no es fácil de eliminar, y así Ra y Horus quedan asociados, fundidos en un solo significado, con el nombre de Horus-Ra o Ra-Horus, según los casos. También va asociado a Ra el antiguo dios de He-

liópolis, Aton, el creador, como dijimos anteriormente.

En fin, Amenemhet I, fundador de la XII dinastía, toma como dios patrón de los faraones al dios local de Uast, Amon, que se representaba por la cabeza de un carnero. De este modo aparece elevado al pináculo de los dioses Amon-Ra.

Pero aunque los sacerdotes, entregados a especulaciones religiosas, o por conveniencias políticas o económicas, se esfuercen en imponer una deidad sobre las demás o en transferir el poder de una a otra con distinto nombre, el pueblo llano, apretujado contra el valle, confinado en él por los desiertos abrasadores y el cielo color de acero, supeditado a las faenas milenarias, sigue fiel a todos los viejos dioses sin distinción: a Anubis, hábil en el vendaje de los momias; a Thot, inventor de la escritura y de las artes, patrón de los escribas y de los artistas; a Maat, consejera de Ra, diosa de la Razón, de la Justicia, quien decide en el tribunal de Osiris los méritos del alma que aspira a la vida eterna entre los dioses; a Hator, unas veces gran madre que amamanta a Ra cuando nace niño de una flor de loto en el horizonte oriental, otras esposa de Horus, el hijo de Isis, etc. Los dioses

egipcios nacen y mueren con la cultura del Nilo, y son como las raíces del alma popular hundidas en el pasado con la misma fuerza con que las raíces del papiro o de la palmera se aferran a los aluviones que las inundaciones acumulan siglo tras siglo a ambos lados de la corriente.

La creencia en una vida después de la muerte se revela en los primeros restos encontrados en los desiertos limítrofes, pues al lado de los esqueletos aparecen utensilios de caza y envases de cerámica destinados a asegurar al difunto provisiones en el más allá. Los egipcios creen que el hombre no muere mientras el principio inmaterial que en él reside tenga un soporte, una forma material adecuada en que acomodarse. De aquí que se afanen en conservar el cuerpo el mayor tiempo posible y que, además, hagan de la persona momificada una o varias estatuas que puedan servir de eterno recipiente, de lugar de sosiego, al ser desaparecido. Es necesario también proveer al muerto de cuanto le pueda ser necesario en su nuevo destino; por esta razón las tumbas de los faraones y personas de elevada categoría suelen ser verdaderos almacenes y museos; además de sus estatutas, se encuentran los muebles y objetos más

importantes que le sirvieron en vida y gran cantidad de ofrendas y alimentos.

El contenido de las creencias egipcias está expresado en el mito de Osiris. Este dios, despedazado por su rival Seth, recompuesto por su hermana y esposa Isis, y por ella embalsamado con la ayuda de Anubis, Thot y Upuat, pasa a vivir en el Occidente, por donde el sol desaparece al declinar el día. Del mismo modo es embalsamado el faraón, representante, encarnación mejor dicho, de los supremos poderes en la tierra, quien vivirá identificado con Osiris en las regiones profundas, velando por los vivos con igual celo que cuando vivía en su palacio. Hubo épocas en que el honor de ser embalsamado sólo se otorgaba al faraón; pero la práctica se fué extendiendo, primero a la familia real, luego a los altos funcionarios hasta que, por fin, todo el que tuviese medios de fortuna necesarios para pagar a los embalsamadores y construir una tumba, podía aspirar al eterno reposo al lado de los dioses. Los ritos funerarios, las fórmulas mágicas y las instrucciones para salvar los mil riesgos que el difunto corría para alcanzar la gran sala del tribunal de Osiris, antes sólo conocida de los sacerdotes, se democratizaron,

y al lado de cada momia se colocaba una copia del "Libro de los Muertos", donde se consignaba todo cuanto el alma del muerto podía necesitar para salir triunfante de la terrible prueba. Cuando muere el faraón, los sacerdotes, la familia real, los altos dignatarios, etc., representan el misterio de Osiris; unos asumen el papel de Isis o esposa, otros el de Anubis, el de Upuat, el de Thot, el de Horus, etc., para lo cual se disfrazan con máscaras. La representación de estos misterios se ha generalizado, sobre todo después del año 2000 (a. de J. C.), y todos los súbditos celebraban ceremonias semejantes.

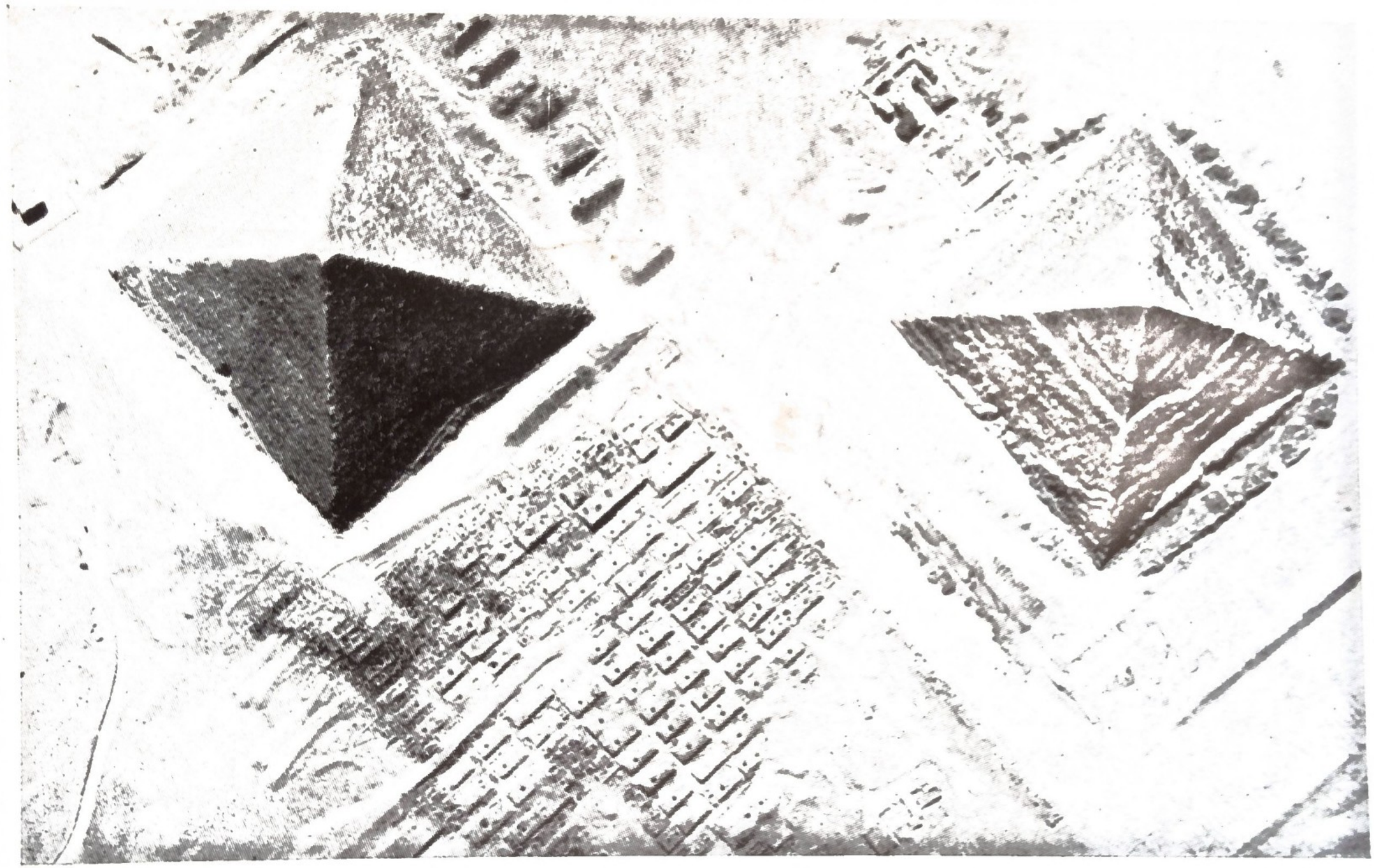
Los egipcios distinguían varios principios inmortales dentro de cada persona, hoy difíciles para nosotros de definir, pues no se correspondían con nuestras designaciones. La expresión adoptada por la mayoría es la de "doble", pero esta expresión es sumamente vaga. Los jeroglíficos distinguen el "Ka", el "Akh" y el "Ba". Como sería prolijo entrar en las distinciones de estos términos, adoptaremos en adelante la palabra alma, doble o ka para aludir a lo que sobrevive a la muerte corporal.

El alma del difunto, después de ser éste embal-

samado y reproducido en una o más estatuas y colocado en la cámara funeraria, comparecía ante el tribunal que Osiris presidía. De este tribunal formaban parte los dioses de los cuarenta y dos nomos de Egipto. En medio de una sala enorme había una balanza con dos platillos; en uno de ellos se colocaban los méritos del alma del difunto, en el otro un símbolo de Maat, diosa de la justicia. Los dioses encargados de la comprobación de la balanza son Anubis y Thot; a su lado hay un monstruo, representado de maneras diversas, generalmente con cabeza de cocodrilo, cuerpo de hipopótamo, crines encrespadas y garras de león; la cabeza suele estar vuelta hacia Osiris, como interrogándolo sobre si debe o no devorar al recién llegado. El nombre que lleva en los jeroglíficos el monstruo, es en extremo elocuente: "el devorador" o "comedor".

El alma del difunto se defiende con las fórmulas contenidas en el "Libro de los Muertos", en el cual encontramos reflejada la moral del pueblo egipcio.

"No he hecho mal; no he cometido violencia; no he robado; no hice matar a nadie a traición; no he mermado las ofrendas de los dioses; no he



Vista aérea de las pirámides y parte de las mastabas que las rodean. Los egipcios convirtieron la ribera izquierda del Nilo en un vastísimo cementerio. En estos sepulcros se han conservado momificados millones de cadáveres de remotísimas épocas.

Columnas de más de 21 metros de altura de la sala Hipóstila del templo de Karnak, cuya grandeza sobrecoge el ánimo de los visitantes.

mentido; no he hecho llorar; no he sido impuro; no he matado los animales sagrados; no he deteriorado los cultivos; no he sido calumniador; no he estado colérico; no he sido adúltero; he sido atento para las palabras verdaderas; no cometí maleficios contra el rey ni contra mi padre; no ensucié el agua; no provoqué la cólera del amo contra el esclavo; no he jurado en falso; no torcí el hilo de plomo de la balanza; no privé al niño de pecho de la leche; no cacé a lazo los pájaros de los dioses; no desvié el agua de riego; no he cortado un canal ni un dique; no extinguí el fuego en su hora; no he despreciado a dios en mi corazón. Soy puro, soy puro, soy puro".

Pero el trance es demasiado grave y el reo teme que su conciencia le traicione, que turbe sus palabras en el momento decisivo y le delate. Por esto, el "Libro de los Muertos" contiene esta invocación o conjuro a la conciencia moral del interesado, a su corazón:

"Corazón de mi madre, corazón de mi nacimiento, corazón que tuve en la tierra: no alces tu testimonio en contra mía; no seas mi adversario ante las potencias divinas; no peses en mi contra...; no digas: "He aquí lo que ha hecho, lo

que ha hecho verdaderamente"; no hagas surgir agravios contra mi ante el dios de Occidente".

Puesto que el muerto aspira a sobrevivir convertido en un verdadero dios, debe presentarse con el atuendo de tal ante sus semejantes, debe conocer cuanto se refiere a los hechos de los seres inmortales, su genealogía, sus atribuciones y méritos relevantes. El mortal no puede aparecer como un ignorante, como un vulgar patán ante los superiores. El "Libro de los Muertos", que se coloca al lado de cada momia, resume todos los conocimientos requeridos para abrir todas las puertas y salir bien de todas las añagazas que puedan presentarse al alma en su tránsito de la tierra a las regiones profundas en que moran, convertidos en dioses, los faraones y en general todos los muertos antes que él.

Pronunciada la sentencia favorable, el nuevo dios puede ejercer las actividades que le plazca, siempre que sean compatibles con los principios morales. Puede colaborar con Ra en el gobierno del mundo, ser marinero en la barca solar, cultivar predios celestiales, los campos de Ialu, renovar su vida sobre la tierra para proteger a sus hijos y familiares, vivir con Osiris en las regiones del ocaso,

etc. El pueblo egipcio, sometido en vida a los rigores del cotidiano vivir, aplaza para después de la muerte la realización de todos sus anhelos de felicidad. ¡Qué consuelo para el sudoroso trabajador del campo pensar que, cuando tras la muerte se convierta en el igual de los dioses, puede retornar a sus campos sin temor de ser esclavizado, sestear bajo el frescor de los sicomoros, cantar como un cúclillo libre de cuidados en las ramas de un frutal en flor, velar por la suerte de sus hijos y de su esposa, doblados de fatiga bajo soles inclementes, vivir en sosegada compañía con sus antepasados. Al fin se vería libre de la tiranía de la ley, de los escribas, de los cobradores de impuestos, de los capataces que regían implacablemente el trabajo en las interminables construcciones, del hambre y de la sed, del remo y del arado. Todo lo malo quedaba detrás para siempre. Ahora le tocaba vivir, dar cauce al afán de justicia incumplida que tantas veces había oprimido su pecho generoso.

Como hemos dicho, para sobrevivir a la muerte era necesario preservar el cuerpo de la descomposición, embalsamarlo, a imitación de lo hecho con el cuerpo de Osiris.

El embalsamamiento requería varias operaciones que llevaban a cabo personas especializadas que vivían en las afueras de las ciudades. Según los medios de que los familiares del difunto dispusiesen, cambiaba el esmero de los encargados de la momificación. Esta podía ser más o menos completa. Así había tres procedimientos. Si se trataba de una persona pudiente, se extraían del cadáver las vísceras, la masa encefálica y en general las partes más expuestas a la descomposición. Estas partes se disecaban cuidadosamente, se mezclaban con esencias desinfectantes y aromáticas, y se guardaban al lado de la momia en unos recipientes cerrados con una tapadera o "canopas". La masa encefálica se extraía con unos garfios por las fosas nasales. Rellenados los huecos así ocasionados con sustancias especiales, como mirra, cera, resinas de ciertas palmeras, etc., se introducía el cuerpo en baño de natrón o disolución de carbonato sódico, durante setenta días. Pasado este período, se secaba el cadáver con polvos aromáticos, se ungía con sustancias oleaginosas y con betunes, y se le envolvía en tres paños superpuestos. Finalmente, según la fórmula de Anubis, se vendaba la momia con fajas o vendajes, transversales unos,

y otros longitudinales. En los últimos tiempos, la momia se encerraba en un ataúd con amuletos y otros pequeños objetos. Este ataúd iba recubierto de inscripciones numerosas, donde se narraban los principales hechos y virtudes del muerto; había además fórmulas mágicas, etc.

En la parte del ataúd superpuesta al rostro, estaba dibujado el retrato con sorprendente fidelidad.

Un método menos completo consistía en la extracción de vísceras y músculos. Quedaba, pues, la momia reducida al esqueleto recubierto por la piel. En otros casos se eviscerаba el cuerpo, se sometía al baño de natrón durante el tiempo necesario y se entregaba a la familia para darle sepultura.

De la perfección del embalsamamiento dependía el período de incorruptibilidad; los betunes eran los que una mayor eficacia tenían para este fin. La misma palabra momia procede de una raíz semita que significa betún.

El comercio de esencias tenía una importancia de primer orden entre los egipcios para la conservación de los cadáveres, principalmente. Desde tiempos remotos comerciaban con los países del

mar Rojo, sobre todo con la comarca Punt, en la actual Somalia, rica en mirra, incienso y otras sustancias aromáticas. El Nilo estaba unido al mar Rojo por un canal para facilitar el comercio con el Este africano y asiático.

Las momias de las mujeres iban pintadas como se pintaban en vida, lo cual era uso muy extendido. Los ojos se pintaban con unas sustancias negras alrededor para proteger la vista de la intensidad de la luz.

A causa de estas prácticas, el pueblo egipcio nos ha legado en una colección inmensa de reliquias y vestigios fúnebres, la imagen de su vida y sus preocupaciones, según eran hace treinta o cuarenta siglos. Sobre todo la orilla izquierda del río, es un fantástico cementerio donde se conservan millones y millones de personajes en humildes sarcófagos o en sepulturas tan grandiosas que rebasan el poder de la imaginación humana.

VI

LAS TUMBAS

LAS creencias religiosas del pueblo egipcio determinaron la construcción de grandes tumbas para albergar las momias y las estatuas en que se reproducía la figura de los muertos, como veremos más adelante.

Al comienzo, los egipcios enterraban los muertos en el desierto, rodeados de los enseres que habían poseído en vida. Es de notar que, a juzgar por estos restos, los cadáveres eran despedazados como lo fué, según la leyenda, el de Osiris, pues los huesos aparecen amontonados con la cabeza colocada encima. Más tarde apareció la "mastaba", cuya parte sobresaliente del suelo se asemeja a un

montón de arena alargado, de donde se deriva su nombre, que significa banco en árabe.

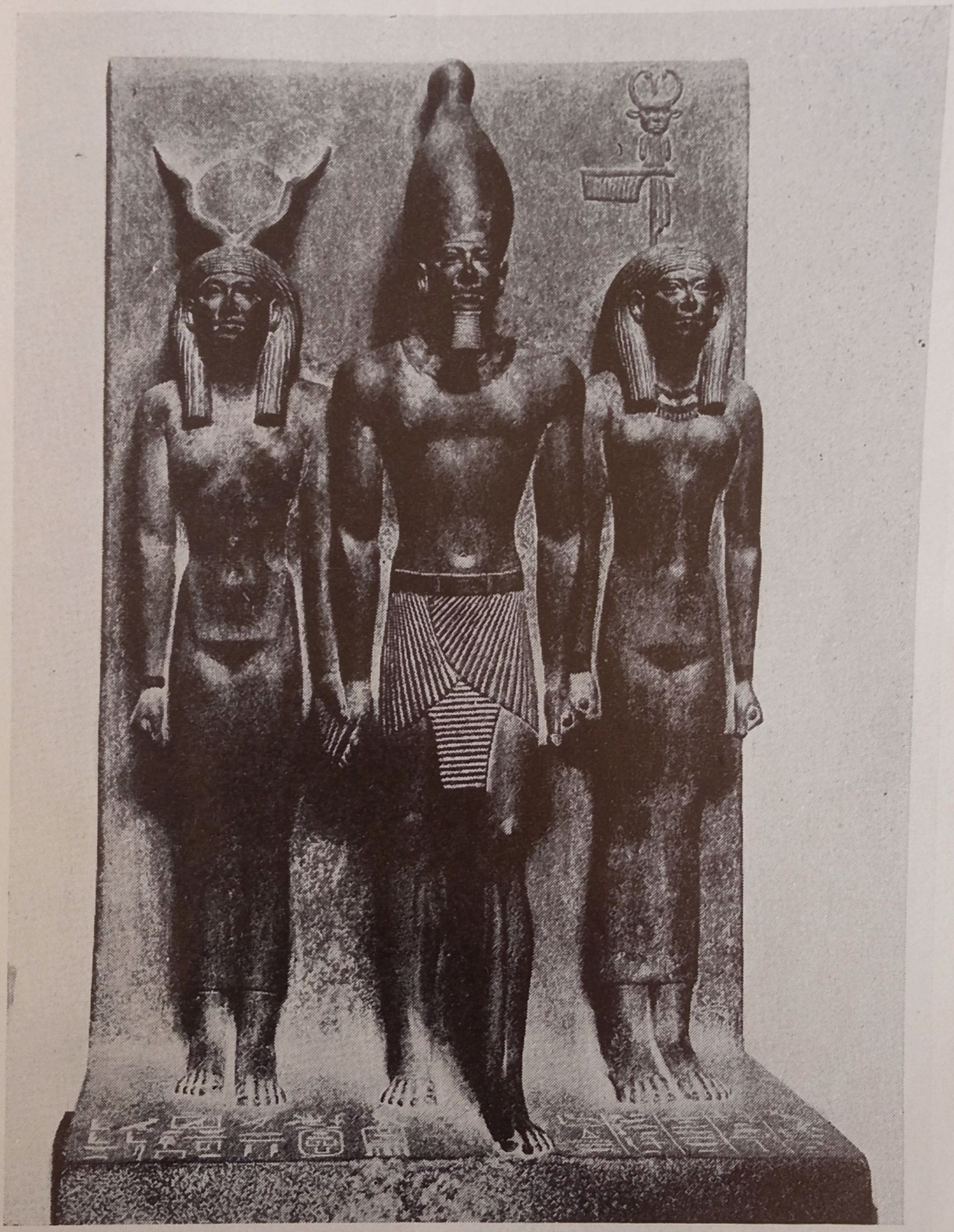
La "mastaba" es una tumba y un santuario elemental de planta rectangular; sus dimensiones son variables; las hay de 53 por 24 metros; de 46 por 23, de 8.10 por 5.90 metros, etc. Generalmente están orientadas de modo que el eje mayor de la planta coincide con la dirección N.-S. y, por lo tanto, el eje menor con la E.-O.; pero este criterio es desobedecido con bastante frecuencia. Las paredes laterales están un poco inclinadas, dándole al conjunto exterior la forma de una pirámide truncada. Sobre el techo suele aparecer alguna abertura como para dar luz al interior.

Interiormente la "mastaba" ofrece varias dependencias. En primer lugar hay una capilla o templo de uno o más compartimientos donde los familiares y amigos depositaban las ofrendas debidas al difunto y donde oficiaba el sacerdote. Excavada en el muro encuéntrase una galería secreta con la estatua o estatuas del difunto, a las que el "ka" se acoge después de la muerte. Por lo general esta cámara secreta o "serdab" se halla dentro del muro de la fachada Sur, la que da a la morada de Osiris, la región del sol poniente o de los muertos.

iva su

ario ele-
nes son
por 23,
nte es-
de la
por lo
criterio
as pa-
ándole
ámide
lguna

epen-
tem-
os fa-
bidas
vada
on la
" se
esta
nuro
Osi-
tos.



Grupo escultórico en esquisto, en el cual aparece el faraón Menkaura entre la diosa Hator (izquierda) y la diosa de un nomo del Alto Egipto (derecha). (IV y V dinastías).

Estatuas en caliza pintada de Ra'hetep y su esposa. (Imperio antiguo).

Está incomunicada con el resto de la "mastaba". Cuando más, una estrecha abertura, por la que apenas cabe un brazo, la pone en contacto con el exterior. Frente a este conducto angosto decía el sacerdote ciertas fórmulas y se quemaba incienso para halagar al muerto, encarnado en las estatuas.

Del suelo del templo arranca un pozo vertical de sección cuadrada o rectangular, cuya profundidad alcanza a veces 20 metros; ese pozo se enlaza en su parte inferior con una galería horizontal que conduce a una cámara mortuoria donde se halla un sarcófago de piedra con la momia dentro.

Los egipcios sentían un especial horror ante la posibilidad de que el muerto fuese profanado. De aquí que tomasen todas las precauciones para poner la momia y los demás objetos mortuorios a salvo de cualquier violencia o despojo. Así el pozo que enlaza la cámara mortuoria con el templo superficial carece de escaleras y sólo se puede bajar atado con una cuerda por debajo de los brazos. Además, suelen estar atascados con cascotes y cubiertos en su parte superior con una losa del pavimento del templo que lo disimula a perfección.

Conviene que el lector se haga bien cargo de

la "mastaba", pues los templos y hasta las viviendas de los egipcios responden casi siempre al mismo plan. Descontando el pozo por donde se bajaba la momia a la cámara funeraria, lo esencial de una "mastaba" es:

a) Templo o capilla, a la que tienen acceso los familiares y amigos con las ofrendas; para depositar éstas hay una mesa especial;

b) Cámara secreta o "serdab", hecha en el interior del muro Sur e incomunicada con el interior, donde se guardan las estatuas vivientes y los amuletos; y

c) Sarcófago profundo, en cuyo interior se deposita la momia.

El interior del templo está recubierto de jeroglíficos y bajorrelieves donde se narran los títulos y hechos sobresalientes del difunto. Estos bajorrelieves tenían además por objeto recordar a los visitantes las facciones y maneras de la persona en cuyo honor y para cuya perennidad la "mastaba" se había construído.

Las "mastabas" están construídas de barro amasado con paja, de bloques de tamaño uniforme de piedra y a veces de materiales mixtos y bastante deleznables. En el esmero de la construcción se

revela a las claras la condición social de las personas a quienes están dedicadas.

Así como las tumbas superficiales de piedra o arena han sugerido, según se cree, la forma de la "mastaba", ésta ha dado origen a la pirámide. La pirámide de Sakkara, construída por el faraón Zoser, de la tercera dinastía, está formada de seis troncos de pirámide superpuestos de base decreciente a partir de la inferior. Mide 59,64 metros de altura y es considerada como el primer monumento conocido.

Las pirámides corresponden a la cámara del sarcófago de las "mastabas", pero llevadas a unas proporciones colosales. La masa de las pirámides está recorrida por galerías en zig-zag, que conducen a una sala de enormes bloques, o a más de una, donde se depositaba en el sarcófago la momia o momias de los personajes que mandaron erigirlas. Como los personajes se enterraban con su moblaje y joyas, y dado el horror que, según señalábamos antes, les inspiraba la profanación de las tumbas, no sólo las pirámides estaban recubiertas de losas de piedra exteriormente en toda su superficie, sino que las galerías y pasadizos interiores se hallaban obstruídos por grandes bloques, tan perfec-

tamente ajustados, que daban la impresión de terminar en dicho punto. Al construir la pirámide, estos bloques se disponían en un plano inclinado sobre aquellos otros en que debían ajustarse una vez que se introdujera la momia, y se sostenían provisionalmente con tarugos alargados de madera en la parte más elevada del plano inclinado, de modo que al sacar los tarugos los bloques resbalaban y se encajaban en el sitio previsto. Sin embargo, las pirámides han sido expoliadas una y otra vez por ladrones antes de proceder los arqueólogos a su exploración.

Frente a la cara oriental de la pirámide se levantaba un templo de vastas proporciones, hasta de 100 metros de largo por 30 de ancho, conteniendo, entre otras cosas, las estatuas de los faraones sepultados en la cámara funeraria de la pirámide. En estas estatuas, reproducción fiel del modelo, se suponía encarnado el doble o "ka", como sucedía con las "mastabas". Este templo corresponde al "serdab" de las tumbas primitivas.

Finalmente, este templo estaba unido por una avenida más o menos larga, bordeada de esfinges con cabezas de león o de morueco, con una capilla situada en al parte inferior o valle donde se depo-

sitaban las ofrendas. Este camino en pendiente, a veces cubierto, podía ser recto o no, y su anchura era también variable. En la capilla o recinto de las ofrendas se encontraban también colosales estatuas reales que reproducían al soberano con todo el esplendor de sus galas y atributos. Sobre las paredes, en bajorrelieve aparecían reproducidos los hechos sobresalientes de su vida. Allí acudían los sacerdotes y los vasallos con las ofrendas, de modo análogo a lo que se estilaba en la capilla de las "mastabas".

Con el tiempo, el templo y la capilla han llegado a desaparecer casi por completo, quedando sólo la pirámide como un testimonio del poderío absoluto de los faraones. Por sus proporciones y la solidez de los materiales empleados, así como por su forma compacta, pasarán siglos y siglos antes de que los vientos del desierto y los cambios de temperatura allanen estos monumentos funerarios y reduzcan a polvo los sueños de eternidad de aquellos hombres elevados a la categoría de dioses vivientes por la superstición popular.

Los egipcios emplazaron sus sepulcros sobre los desiertos de la margen izquierda del Nilo, a cubierto de la humedad que pudiera menoscabarlos.

Allí se encuentran hoy las mayores obras que se han realizado durante lo que va de la historia.

La pirámide de Cheops o Kheops, es la mayor de todas. Tiene por base un cuadrado de 233 metros de lado; su altura actual es de 137,18 metros, pero en la época de su construcción era de 146,59. Su volumen se aproxima a la cifra fabulosa de dos millones y medio de metros cúbicos, con la particularidad de que casi toda la mole es maciza.

Despojada de las planchas graníticas que la recubrían originariamente, se asciende hoy a ella por 203 escalones correspondientes a las capas de bloques que la forman. Dos de estas capas, las terminales, naturalmente, han desaparecido por el desgaste, quedando en su lugar una plataforma desde la que se contempla uno de los panoramas más grandiosos del mundo, a escasas millas de El Cairo.

Resulta asombroso pensar en los esfuerzos necesarios para construir estos sepulcros, en un país donde la piedra escasea y con recursos técnicos muy elementales. Tengamos presente que los egipcios desconocieron la rueda como medio de transporte, el caballo y el camello. Su transporte era esencialmente fluvial, y sobre tierra se valían de

una especie de trineos, o sea que la arena y el suelo blando determinaron la adopción de medios análogos a los de los pueblos hiperbóreos.

¿Cómo se pudo acarrear esa cantidad fabulosa de piedra hasta las planicies del desierto, desde las canteras de Tura, a mucha distancia río arriba, pesando algunos bloques hasta 350 toneladas? Por Herodoto sabemos que se valían de rodillos engrasados sobre los cuales rodaban los bloques de caliza por una rampa que unía las canteras con el río y éste con el emplazamiento de las pirámides. Disponían también de grandes maromas para elevar los pesos a la altura conveniente.

Sólo en la construcción de estas rampas y en la excavación de la cámara subterránea invirtió diez años un ejército de trabajadores compuesto de cien mil hombres. La construcción total duró treinta años, renovando cada tres meses los turnos de cien mil hombres. A una distancia inabarcable con la mirada, hormigueaban los trabajadores, casi desnudos y ennegrecidos por el sol abrasador; estos obreros se alojaban en campamentos con sus familias.

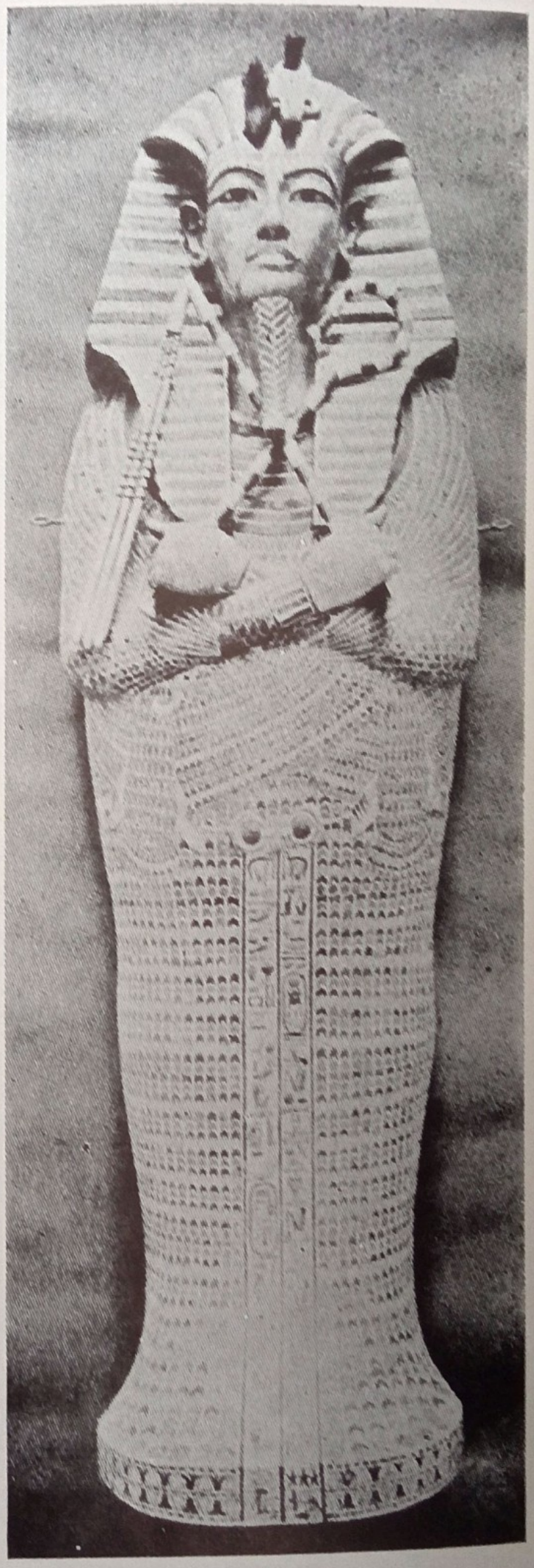
Continuos convoyes subían y bajaban por el río hasta las cataratas de Assuan, acarreando piedra

que era desembarcada sobre el borde inferior de la rampa; desde allí, sobre rodillos, era empujada por cientos y cientos de obreros. Cantos y voces acordes hacían unánime el esfuerzo de los haladores de las maromas de carga y descarga, de los que arrastraban los monolitos rampas arriba y de quienes al pie de la pirámide subían los bloques hasta el punto convenido. Repiquetear de martillos, cantos, voces de mando, restallar de los látigos que hostigaban a los esclavos y a los animales, rebuznos de asnos, mugidos de bueyes, gritos, polvo arremolinado por el viento caldeado...; un colosal termitero humano abriendo las galerías de la eternidad en las entrañas del desierto, afirmando el absoluto poder del faraón ante los hombres presentes y futuros.

Todos los trabajos estaban previstos y tasados al centavo; todo se realizaba según un plan minuciosamente establecido. Un ejército de geómetras, capataces, escribas, enlazaba los sacerdotes y arquitectos con el más humilde de los peones, exactamente igual que hoy en casos parecidos. Cuenta Herodoto que cuando él visitó el país constaban partidas de gastos en los archivos, sumamente elocuentes. Por ejemplo, el importe de los ajos, ce-

El Escriba Sentado, estatua de caliza pintada que se conserva en el Museo del Louvre.

Maravillosa estatuilla en madera, conocida como "La Portadora de Ofrendas". Museo del Louvre.



Parte superior de la segunda cubierta del ataúd de Tutankhamen.

bollas y rábanos destinados a la alimentación de los obreros durante la construcción de la "gran pirámide", valorado en moneda argentina, ascendería a cinco millones de pesos.

Al lado de la pirámide de Kheops se alzan otras dos, la de su hermano Kefrén, de dimensiones ligeramente menores, pero mayor en apariencia por alzarse en una plataforma más alta, y la de su hijo Mikerinos o Micerino.

Del pórtico de entrada de la pirámide de Kefrén forma parte una colosal esfinge modelada sobre una especie de espolón de roca y completada en ciertas partes por bloques adicionales; está tocada con el gorro de faraón su voluminosa cabeza. Su figura es la de un león de cuarenta y cinco metros de largo y veintiuno de alto.

Entre los sepulcros egipcios recientemente descubiertos debemos mencionar el de Tutankhamen o Tutankhamon, que alcanzó gran celebridad por haberse hallado intacto y contener una asombrosa riqueza de objetos de la más alta calidad, tanto por los materiales de que están hechos como por su perfección artística. La tumba fué hallada por lord Carnàvon y Hovar Cartes, éste norteamericano e inglés aquél, tras muchas excavaciones y

pesquisas. Todo el soberbio atuendo de una corte resplandeciente apareció de pronto ante los ojos de las gentes, en un estado tan perfecto de conservación que muchos objetos tenían la frescura de artículos acabados de salir de las manos del artista que los esculpió. Vasos de alabastro, camas de un lujo fastuoso, talladas en maderas exquisitas con figuras de animales fabulosos estilizados, carros de guerra enchapados con oro, arcos, joyas de todas clases... En fin, todo un palacio oculto, con las momias de los soberanos conservadas como si acabaran de ser depositadas en los ricos sarcófagos, salió a la luz en las cercanías de Tebas, en la ribera izquierda del río. Es de hacer notar que hasta las tumbas prehistóricas encontradas aparecen del lado Oeste del Nilo, con la cara vuelta además hacia el poniente, donde se suponía reinaba Osiris sobre los muertos.

Tutankhamen, rey de la XVIII dinastía, era yerno de Ikhutaton, célebre por sus himnos religiosos y por haber intentado una reforma religiosa de tipo monoteísta en favor de Aton, que representaba el disco solar. Pero esta reforma era combatida por el sacerdocio y por el pueblo, apegado a las viejas creencias. Por ello y por razones de

índole política, Tutankhamen hubo de abandonar la corte que su suegro había edificado en Tell-el-Marna y restituirse a Tebas. Pese, sin embargo, a la reacción que siguió a la muerte de Ikhutaton y a la poca confianza que su yerno inspiraba en el orden religioso al clero y a los altos dignatarios, pudo rescatar a sus antepasados y enterrarlos en su misma tumba. De este modo ha sido posible estudiar los rasgos característicos del reformador místico a la luz de la nueva psicología.

En la tumba de Tutankhamen se ha recogido cuanto de valor había en el palacio de Tell-el-Marna. Estos maravillosos objetos revelan un florecimiento artístico extraordinario. Como consecuencia de la reforma llevada a cabo en las creencias, los artistas, sin el peso muerto de la tradición, dieron libre cauce a sus anhelos creadores y alcanzaron una flexibilidad de expresión y una gracia sin precedentes en la historia de la humanidad.

VII

LOS TEMPLOS

POSTERIORMENTE, la parte piramidal del sepulcro disminuyó de tamaño en beneficio de las otras dependencias que se desarrollaron proporcionalmente a medida que el ideal religioso se depuraba. A partir de entonces, como dice un ilustre egiptólogo, priva el espíritu sobre la materia en las construcciones.

Los reyes tebanos de las dinastías XVII y XVIII expulsaron de Egipto a los Hycsos, pueblos pastores de procedencia asiática, que dominaron el país durante un siglo aproximadamente. Y para prevenirse de futuras incursiones enemigas, extendieron sus dominios hasta el Eufrates, sometiendo todas las ciudades y pueblos asiáticos que

pudieran sentirse tentados a caer de nuevo sobre el valle del Nilo.

Durante esta extensión de su poderío, que respondía más al instinto de defensa que a propósitos belicosos (nunca sentidos entre los egipcios), el tesoro real se enriqueció; el oro y la plata, el cobre y otros metales, las maderas raras y las piedras preciosas, granos, ganados, todo afluyó a los depósitos faraónicos. No sólo su poder se hizo sentir más allá de las fronteras, sino que se robusteció interiormente con el renacer del espíritu nacional que siguió a una época de postraciones y guerras intestinas. Con los despojos de los países vencidos llegaron a los talleres y a los campos multitud de esclavos, de obreros expertos en varios oficios, de mercaderes de varias lenguas y en general personas de todas las categorías sociales.

Tebas, entonces la capital del imperio, refleja su esplendor por todo el mundo asiático y mediterráneo. Este esplendor era producto del botín y estaba cimentado sobre legiones de esclavos capturados en las batallas, sobre los "golpeados vivos" a que aluden los textos de la época. De esta nueva Babel, la "Tebas de las cien puertas", de Homero, quedan todavía en pie muestras elocuentes de su

grandeza, los "templos eternos", consagrados por los faraones a la gloria de Amon, el nuevo Ra.

Entre estos templos merecen especial mención los de Karnak y Luksor.

Del de Luksor quedan restos del cerco exterior de 1.600 metros de largo por 60 de ancho. Dentro de estos templos había viviendas para los sacerdotes, talleres de todas clases, como de escultura, pintura, carpintería, metalurgia, etc. También había parques para los animales destinados a los sacrificios, y cultivos de ciertos productos especiales dedicados al culto y a las ofrendas.

Dentro de un segundo cerco, más reducido, de grandes y elevadas murallas, que lo defendían de la vista exterior, se alzaba el templo propiamente dicho, o sea la parte consagrada al culto. Llegábase a él por una avenida enlosada muy amplia, a cuyos lados se alineaban en sucesión las esfinges con cabeza de león o de morueco. Esta vía de acceso llámase, como hemos dicho, el "dromos", según la expresión que empleaban los griegos. A su final se levanta el pilón, compuesto de dos torres en forma de tronco de pirámide truncada, de base rectangular, con la cara más ancha de frente al

"dromos", y de dos obeliscos situados delante de cada torre. Entre las dos torres y obeliscos se abre una puerta, la puerta de entrada al templo, de grandes proporciones, hecha de madera y ensamblada a las torres piramidales por fuertes polrones de metal. Los obeliscos eran de considerable elevación. El que se llevó a la plaza de la Concordia de París mide 23 metros y, como todos ellos, es monolítico o sea formado de una sola pieza de piedra. Su función principal, se cree, era la de un "gnomon" o puntero destinado a señalar las horas con su sombra sobre el enlosado de la entrada. También tenían una función conmemorativa.

Tanto las fachadas de las torres que encuadran la puerta, como la superficie de los obeliscos, están llenas de jeroglíficos de muy variado contenido. A ambos lados de la puerta, y adosadas a las paredes de las torres frontales, se hallan las estatuas de los emperadores o faraones fundadores del templo.

Pasado el pilón, nos encontramos con un gran patio, que sirve de vestíbulo, rodeado de pórticos, recorridos por las procesiones. A este patio tenía

acceso el público en ocasiones solemnes, y sus muros estaban recubiertos de bajorrelieves, de jeroglíficos muy diversos, conmemorando o narrando las escenas y hechos que motivaron la fundación. Así aparecen los esclavos traídos de las tierras conquistadas, el botín, el faraón dando órdenes y promulgando decretos, asignando tierras y otorgando prebendas y tierras a los sacerdotes encargados del culto y del sostenimiento material de las edificaciones. En fin, la historia del templo aparece compendiada en las inscripciones, dibujos y bajorrelieves de este espacioso recinto descubierto.

Seguía a este patio una amplia sala cubierta, cuya techumbre estaba sostenida por un verdadero bosque de colosales columnas, dividida en tres naves, la central más alta que las dos laterales paralelas. Las columnas de la nave central de esta sala, llamada "hypóstila" o *bajo columnas*, del templo de Luksor, tienen 23 metros de alto, 10 de perímetro en el fuste y otros 23 en la parte más ancha del capitel; es decir, la altura de las columnas de la sala "hypóstila" casi iguala la de los obeliscos de la entrada o la de una casa actual de unos cinco pisos. Es difícil hacerse cargo de las dimensiones

de estos templos y de sus elementos a través de la frialdad de las cifras, sobre todo en nuestros días en que, a fuerza de recurrir a ellas a diario, han perdido toda su fuerza evocadora. Pero tengamos en cuenta que una catedral gótica, exceptuadas las torres, quedaría reducida a unas proporciones modestísimas metida dentro de la sala "hypóstila" del templo levantado en honor de Amon por los faraones egipcios.

Al fondo de la "hypóstila" encuéntrase la sala llamada de "la aparición" y, finalmente, pasada ésta, la "del misterio", donde reposaba, metido en la "naos", el dios al que el templo estaba consagrado.

Estas últimas dependencias son cada vez más bajas y oscuras; el suelo asciende en rampa a partir de la sala bajo columnas, por una parte, y por otra, la techumbre desciende de una a otra. A estas dependencias sólo tenían acceso los faraones o el sacerdote en quien aquéllos delegaban sus funciones. La "naos" estaba sellada con una placa de arcilla que se rompía una vez purificado el oficiante, faraón o sacerdote que hacía sus veces, como se dice en otro lugar.

En conexión con este cuerpo central, y a veces

enlazadas con él por galerías subterráneas, se fueron elevando nuevas dependencias y tumbas por encargo de faraones nuevos. Los templos fueron también ampliados más de una vez, y estas superposiciones han contribuído a borrar la estructura de las edificaciones. Así sucede que en algunos de ellos se alzaban varios pilones, y en otros casos la sala "hypóstila" del templo primitivo pasó a formar la sala de la aparición del ampliado. La escasez de espacio y el sentido tradicional de los sacerdotes han ocasionado todos estos trastrueques que tanta perplejidad causan en los arqueólogos.

En Tebas, el valle se enlaza con el desierto líbico por una suave pendiente que permite disponer de un área dilatada para las construcciones. Este hecho, junto con el esplendor alcanzado por los faraones que allí establecieron su corte, explica que sea en esta ciudad donde los templos, más espiritualizados que las pirámides de las dinastías anteriores, han alcanzado su pleno florecimiento.

De la arquitectura egipcia ha dicho Champollion:

"Ningún pueblo, antiguo o moderno, ha concebido el arte arquitectónico sobre una escala tan

sublime, tan amplia, tan grandiosa como los antiguos egipcios: concebían los hombres de 100 pies de altura, y la imaginación que, en Europa se proyectaba muy por encima de nuestros pórticos, se detiene y cae impotente al pie de las ciento cuarenta columnas de la sala "hypóstila".

VIII

LA ESCRITURA

PARA nosotros la escritura es, entre otras cosas, el medio de traducir en signos gráficos los sonidos y el contenido del lenguaje hablado. Este lenguaje se disipa apenas articulado, a menos que la memoria lo fije; por otra parte, sólo sirve para comunicarnos con nuestros semejantes próximos. En cambio, el lenguaje traducido en signos se conserva durante el tiempo que dure el material sobre el cual se escribe. Gracias a la escritura nos ha sido posible penetrar en la intimidad de pueblos y culturas hoy desaparecidos o asimilados a otros pueblos y culturas.

La mayoría de las personas olvidaron sus esfuerzos de niños para aprender a hablar y a escribir. Si

los esfuerzos realizados desde los primeros meses de aprendizaje en este sentido pudiera ser desplegado ante nosotros, veríamos qué poco suponen muchos otros que reputamos muy superiores. Y lo que decimos con respecto al individuo, puede aplicarse con mucha más razón a la sociedad considerada en su conjunto. Porque un niño, aparte de los dispositivos nerviosos heredados, se desarrolla en un medio lleno de estímulos y ejemplos que imitar. En cambio, los primeros hombres, de muy limitado desarrollo cerebral, y perdidos en pequeñas bandadas, sin una residencia fija ni estímulos de significación superior que polarizasen su atención, habrán necesitado muchos siglos para llegar a adueñarse del lenguaje hablado, primero, y del escrito, después. Es a partir del momento en que el hombre posee un medio superior de expresión, cuando su destino se hace en cierto modo independiente del resto de las especies biológicas afines.

En su origen parece que la escritura y el dibujo eran en el fondo la misma cosa, pues ambos reproducían la forma de los objetos con una finalidad mágica, la de ejercer un influjo o poder sobre ellos. Para el hombre primitivo, imagen,

nombre y cosa no son entidades independientes. Otro tanto sucede con los niños. El nombre no es algo convencional y exterior a los seres a que se aplica, sino que forma parte de su esencia, de su intimidad más profunda. Muchas personas se quedan perplejas cuando un niño pequeño les pregunta *por qué* tal o cual cosa se llama así o asá. Y ello se debe a que los niños presienten la existencia de un vínculo *causal* entre las cosas y los nombres con que las designamos. Decir a un hombre primitivo o a un niño que "el nombre no hace la cosa" o que la cosa no hace el nombre, es lo mismo que decirle un disparate de bulto. Es todavía muy común la resistencia de muchas personas a declarar su nombre, y mayor todavía la de desprenderse de ciertas prendas personales, no por lo que realmente puedan valer, como por el temor de que puedan ser un arma en manos de sus enemigos. Una narración egipcia, que no reproducimos por no salirnos de los límites de nuestro propósito, expresa admirablemente la creencia de que el secreto del poder está cifrado en el nombre. Así Ra, viejo achacoso, recorre los caminos del cielo para ver sus obras terrestres desplegadas ante su mirada, sin pensar en las asechanzas de

sus enemigos. La astuta Isis, "hábil en palabras y más astuta de corazón que millones de hombres", con la baba que caía de la boca del dios sobre la tierra amasó una serpiente venenosa que colocó en su camino y que mordió a Ra. Este convoca a los dioses para darles cuenta del desacato y para que alivien sus terribles dolores. Isis entonces le dice que ella lo curará, pero que para ello necesita conocer su nombre. Mas Ra, que sabe que en el secreto de su nombre está cimentado su poder, procura rehuír la respuesta. "Tengo muchos nombres y formas. Mi forma está en cada dios... En cuanto a mi nombre secreto... está escondido en mi cuerpo desde mi nacimiento, a fin de que la fuerza de mi hechizo mágico no pase a manos de mis adversarios". Mas, apremiado por los dolores que le quemaban el alma, Ra no tuvo más remedio que acceder a los deseos de Isis y consentir "que mi nombre pase de mi cuerpo a su cuerpo" y con él el secreto de su poder.

Los jeroglíficos egipcios tenían igual función que las estatuas que reproducían los muertos, la de captar el ser inmortal de los seres reproducidos. Ser, nombre e imagen estaban así ligados en cada signo, como exigía la mentalidad de los egipcios

Pintura mural en que aparece el escriba Amenemheb inspeccionando sus ganados.

Escena pintada en la tumba de Amenemheb, en Tebas, en que aparece este personaje con su esposa entre sus ...

primitivos. Sólo muy poco a poco, y nunca por entero, pasó esta escritura a desempeñar una función bien distinta: la de dar permanencia al pensamiento objetivo, la de expresar órdenes, leyes, normas sociales y servir los fines de la expresión del sentimiento y la belleza literaria. A este fin ciertos signos se transformaron y ciñeron a un contenido fonético común a varias palabras. Pero esta evolución fué desigual. Como se ha visto después, muchos signos jeroglíficos representaban palabras completas, otros llegaron a expresar ciertas sílabas y por fin los había *literales* o sea con función equivalente a la de nuestras letras. Este hecho, como veremos, fué un obstáculo grande para la lectura de los papiros y demás documentos de la cultura egipcia. Afortunadamente, otros pueblos asiáticos, con menos lastre religioso que los egipcios, o tal vez sometidos a muy distintas condiciones sociales, partiendo tal vez de los mismos supuestos, llegaron a reducir los sonidos de su lenguaje hablado a unos cuantos fundamentales y a asociar a cada uno de ellos un signo especial, estableciendo así para siempre la escritura alfabética. Parece que los primeros en alcanzar este incalculable adelanto fueron los fenicios, de

los cuales lo aprendieron los demás pueblos mediterráneos.

Después de la conquista de Alejandro Magno el puèblo egipcio adoptó los signos del alfabeto griego para escribir su lenguaje hablado, añadiendo a dicho alfabeto siete signos de la escritura demótica o popular egipcia para representar otros tantos sonidos propios que el alfabeto de los invasores no podía traducir. La escritura demótica había nacido de una necesidad de simplificar los signos jeroglíficos primitivos, al mismo tiempo que su valor fonético se iba destacando sobre el mágico-religioso primitivo; así la escritura egipcia constaba de signos jeroglíficos, de signos llamados hieráticos correspondientes a una primera simplificación y de signos demóticos, más convencionales todavía que los hieráticos.

Escrito en signos griegos y demóticos, el lenguaje de los primitivos habitantes del valle del Nilo subsistió hasta nuestros días, por haberlo adoptado los sacerdotes cristianos para sus fines religiosos al extenderse la religión de Cristo por todas las colonias del imperio romano en tiempos de Teodosio. Hasta entonces la escritura hierática se conservaba en los templos egipcios, pero por

un edicto de este monarca cristiano los templos fueron cerrados al culto en el año 391, y con ello el saber milenario de Egipto quedó sellado para nosotros hasta que Champollion consiguió descifrar la escritura sagrada.

En 1799, un capitán de artillería francés que formaba parte de la expedición napoleónica a Egipto (compuesta de los hombres más eminentes de la ciencia y de las artes de Francia), encontró en una excavación efectuada en un talud del fuerte de Roseta, cerca de Alejandría, una piedra basáltica sobre una de cuyas superficies se hallaba un texto en tres escrituras, una de ellas griega. Los caracteres griegos decían que el escrito (un decreto de Ptolomeo Epifanio) estaba además cifrado en caracteres jeroglíficos y demóticos o populares.

Este descubrimiento sensacional se divulgó por todos los países, a fin de que los sabios y eruditos pudieran participar en la ardua tarea de descifrar el cúmulo de escritos sobre piedra y papiro de los sepulcros y templos egipcios esparcidos por todos los museos de Europa. Desde que estos templos fueran cerrados, a instigación de los cristianos, por el edicto de Teodosio, habían desapa-

recido los sacerdotes y con ellos el uso de la lengua tradicional escrita. Hacía, pues, más de 1400 años que la escritura se hallaba en desuso, y no se tiene noticia de que antes o después de la cristianización del país, ninguna persona — griega, latina, árabe, etc. — haya llegado a conocer la escritura de los escribas.

La historia de Egipto estaba cimentada principalmente en extractos de un escrito del sacerdote Maneto o Manetón, que vivió en la corte de Ptolomeo Soter y Ptolomeo II Filadelfo; este sacerdote egipcio conocía, además de la escritura jeroglífica, la de los Ptolomeos, o sea el griego. Escribió esta historia a petición de Ptolomeo II Filadelfo, y en ella se proponía divulgar entre los griegos los acontecimientos históricos, las tradiciones políticas y religiosas de Egipto. Pero los hechos narrados por Manetón, y extractados por autores posteriores, aparte de su vaguedad cronológica, estaban llenos de lagunas.

Otras fuentes procedían de escritores griegos, como Herodoto, que visitaron Egipto, pero que, por desconocer la lengua, tuvieron que informarse por medio de intérpretes e intermediarios poco documentados.

Se explica, pues, la ansiedad que el descubrimiento de la piedra Roseta despertó entre los egiptólogos de todo el mundo.

Primero se intentó localizar los nombres propios del texto demótico correspondientes a los del texto griego, por simple medida. Así pudo el arabista Sacy encontrar la palabra *Ptolomis* o Ptolomeo; pero este método no permitía descifrar el valor de los signos, que era lo que realmente importaba.

El físico inglés Young empezó a estudiar el texto jeroglífico en colaboración con otros entendidos, entre ellos Barthelemy. Notaron en primer lugar que los nombres reales debían ser los encerrados en un cerco alargado o "cartucho". De este modo llegó Young a localizar en el texto jeroglífico los nombres de Ptolomeo. Pero los signos aislados aplicados a otras palabras no conducían a ningún resultado práctico.

La relación de los descubrimientos de la expedición napoleónica había causado una impresión profunda en un muchacho de nueve años llamado Juan Francisco Champollion. Muy joven todavía, llegó a ser profesor en la Universidad de Grenoble. Toda su juventud la consagró a un

solo empeño: descifrar la escritura jeroglífica. Partiendo del hecho establecido por los eruditos ingleses de que los nombres de los personajes importantes, o nombres propios, estaban encerrados en un "cartucho", se dedicó al estudio de los mismos, sospechando que los signos encerrados en ellos debían tener un valor alfabético. Su segundo hallazgo fué que la escritura demótica se deriva en parte de la hierática, y que ésta es, a su vez, una forma cursiva de la jeroglífica. Otra importante constatación resultó del recuento de los signos en el texto griego y jeroglífico; en este último, los signos superan en número a las palabras griegas; por tanto, no es posible que cada uno tenga el valor de una palabra, como sucedería si la escritura egipcia fuese puramente jeroglífica.

Ocupado en la lectura de los cartuchos, recibió una copia de dos encontrados en un obelisco de Philae dedicado, en griego, a Ptolomeo y Cleopatra. El primero es de fácil lectura. El segundo debía decir Kliopatra, y por tanto tendría en común con el de Ptolomeo los sonidos P, T, L, O, I. Y en efecto, en los dos cartuchos aparecen seis, y sólo seis, signos comunes. De aquí dedujo Champollion este hecho fundamental:

"Puesto que los signos semejantes expresan en uno y otro cartucho los mismos sonidos, son de índole enteramente fonética".

Aplicado este alfabeto rudimentario a unos setenta cartuchos, dió un resultado plenamente satisfactorio.

Pero quedaba pendiente el problema de leer las palabras que no eran nombres propios. Por una serie de analogías entre los signos, y después de recorrer todos los museos y templos donde se conservaban inscripciones egipcias, llegó Champollion a una íntima comprensión de la escritura y de la lengua de los egipcios. En 1824 publicó un libro fundamental, titulado "Resumen del sistema jeroglífico", cuando sólo contaba 34 años de edad. Algunos años más tarde publicó su Gramática egipcia y un Diccionario jeroglífico.

A partir de Champollion, la historia de Egipto dispuso de fuentes directas y la egiptología renació con una pujanza insospechada.

Agotado por el trabajo, Champollion murió a los cuarenta y dos años de edad. Pocos hombres sintetizan tan bien como este investigador los rasgos del genio precoz y de la madurez del talento cultivado por el estudio concienzudo. Unió el en-

tusiasmo juvenil a su hondo conocimiento de la filología y de la Historia.

Escribían los egipcios sobre papiro o material hecho de las capas concéntricas de células de una planta acuática llamada "Cyperus papyros", por pertenecer a la familia de las ciperáceas. Antiguamente crecía todo a lo largo del valle del Nilo, pero en fecha relativamente cercana desapareció del curso medio e inferior, y sólo se la encuentra hoy en el Nilo Azul y en el Blanco. En el "sudd" o barrera, crece en grandes masas y contribuye a formar las capas de vegetación que obstruyen el curso de las aguas. Alcanza una altura de tres metros y termina en un penacho.

El tallo de esta planta se hendía longitudinalmente y se desenrollaban las capas de células. Se extendían para aumentar su superficie y darles flexibilidad; a continuación se cruzaban las fibras de las unas con las de las otras y se adherían, a fin de que fuesen más resistentes, mediante una ligera capa de goma. Una vez secas y pegadas unas a otras, se formaban largos rollos de hasta cuarenta metros.

Los escribas se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas, en una mano el rollo de papiro

y en la otra una pluma hecha de caña llamada "cálamo". Como pintores que eran, usaban una paleta con un sitio para los cálamos y con dos tinteros, uno para la tinta negra y el otro para la roja. Escribían de derecha a izquierda, o sea en sentido contrario al nuestro.

IX

VIDA INTELECTUAL

EL arte egipcio no se propone suscitar en el espectador reacciones estéticas, al menos hasta sus fases más maduras; y aun en éstas, de un modo secundario. El arte es un eslabón de la cadena religiosa que liga al hombre con los dioses. Ya hemos dicho cómo la aspiración del artista, más que aspiración, deber, es conjurar el doble o "ka" de los muertos por medio de la estatua; hacer que el doble, una vez separado del cuerpo mortal, encuentre otra vez su molde en la figura que se le ofrece y en él viva perennemente. Es en el "serdab" de las "mastabas", en el sarcófago de las pirámides, donde los hombres, convertidos en seres inmortales, sobreviven a sus envol-

turas corporales. La escritura misma era al comienzo una modalidad del arte. Al dibujar un signo jeroglífico, el escriba pretendía captar el "nombre" o esencia trascendente de la cosa correspondiente. Del mismo modo, el dibujo que nosotros llamamos artístico, no pretendía expresar la belleza, sino narrar hechos a través de imágenes *vivientes*. Los dibujos egipcios deben ser *leídos* como los escritos jeroglíficos.

El artista no se diferenciaba del escriba en su propósito fundamental, en su último designio. Ambos están supeditados al culto, sobre ambos pesa la concepción religiosa de la vida.

Según ciertos testimonios, los artistas egipcios, en su afán de fidelidad al modelo, empezaron a pintar la figura humana siguiendo el contorno de la sombra proyectada sobre una superficie. De aquí que la mayoría de los rostros aparezcan de perfil, tanto en las pinturas murales como en los bajorrelieves. Y esto sucede todavía en épocas en que los artistas sabían dar las figuras de frente. Tal vez la tradición del sacerdocio, de que dependían, impusiese normas ya superadas desde el punto de vista técnico.

Un rasgo característico del arte egipcio, y en

general del arte primitivo e infantil, es el de pintar las cosas tal como se ofrecen al conocimiento total que de ellas tenemos y no como se aparecen a la vista solamente. En la imagen de las cosas se funden todos los datos de la experiencia y de la memoria referentes a las mismas. El niño procede de modo semejante; así al pintar una figura de perfil, por ejemplo un pájaro, suele colocar fuera del contorno el ojo que no se ve, y cuando quiere representar una persona con falda, pone también la parte de las piernas que, ateniéndonos a las realidad, no debiera verse.

Como consecuencia del afán de expresar las cosas tal como el artista las conoce por su experiencia total, a través del tacto, de la vista y de los demás sentidos, resultan ciertos efectos chocantes para nosotros en el arte egipcio. Así, en los bajorrelieves, las figuras humanas aparecen con el rostro y los pies de perfil y el resto del cuerpo de frente. Otra consecuencia es que, como la superficie sobre la cual el pintor representa las cosas sólo tiene dos dimensiones, para ofrecer dichas cosas lo más completas posible, el artista no vacila en descomponerlas en sus elementos esenciales y en colocar éstos unos al lado de otros, si

es necesario. Cada elemento de una obra de arte puede ser visto por separado, sin menoscabo de su fuerza expresiva ni del conjunto de la obra total. Puesto que el artista no se atiene solamente a la impresión visual de la realidad, las cosas representadas por él carecen de perspectiva y de enlace con el medio que las envuelve; cada una está petrificada en sus propios límites, y no influye ni es influída ni por el ambiente ni por las otras figuras que puedan aparecer en el mismo cuadro o superficie. Al revés de lo que ocurre con los pintores y escultores modernos, en que el espacio no es un elemento independiente en el cuadro, sino el factor que funde el conjunto y lo coordina en una totalidad viviente, para los artistas egipcios el espacio es un vacío absoluto, una entidad muerta que acota cada figura o cosa dentro de su propio contorno.

La escultura, por una parte, se presta mejor que la pintura para expresar la realidad profunda y completa de las cosas, por el hecho de ofrecer las tres dimensiones del espacio físico y poder ser vista desde todos los puntos que se desee; pero por otra, el material, sea madera, piedra o metal, tiene unos fueros, unas propiedades como dure-

za, fragilidad, etc., que el artista tiene que domeñar. Al comienzo, las estatutas sólo tienen acabada la cabeza, especialmente el rostro, donde la vida, el carácter, la personalidad, en fin, se expresan de un modo más completo y acabado. Las piernas y los brazos se hallan fundidos al bloque primitivo. Pero, así que el artista se va posesionando de la técnica, así que los instrumentos de trabajo se adaptan y perfeccionan, los miembros se sueltan primero en la madera y el metal y luego en la piedra, aunque sea la rebelde diorita. Poco a poco la vida fluye y se articula y difunde a través de la forma total.

Pero tengamos en cuenta que el artista reproduce objetos sagrados o seres supeditados a una significación litúrgica. Por tanto, sus actitudes son solemnes, las figuras están como galvanizadas por la significación mística del culto y por su trascendencia ultraterrena. De aquí que se nos aparezcan rígidas, hieráticas, no porque el artista carezca de dotes para animarlas, sino porque sobre él pesa un propósito religioso, el dictado de la tradición sacerdotal.

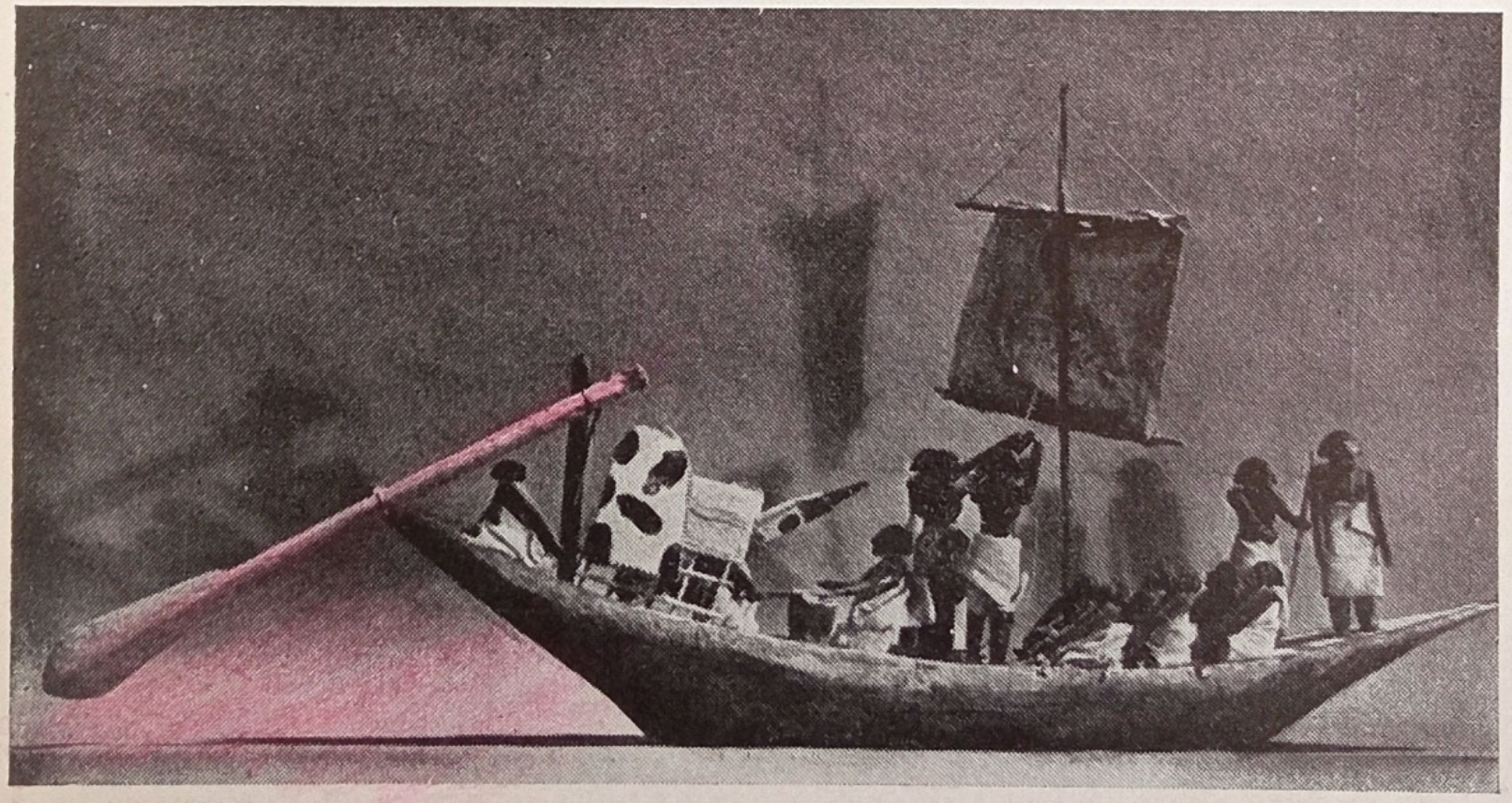
El concepto religioso que imprime su sello a

toda la cultura egipcia impone también al arte cánones rígidos desde muy temprano.

Una de las normas más salientes es la llamada de simetría o de frontalidad. De acuerdo con ella, la figura en la estatuaria está compuesta de dos mitades simétricas a ambos lados de una línea o eje que pasa por el entrecejo, la nariz y el esternón. No importa que esté de pie, sentada en un sillón o en el suelo, al estilo oriental: las dos partes pesan a uno y otro lado de dicho eje en la misma medida. Así las figuras no inclinan la cabeza a uno de los lados, lateralmente, y lo mismo el tronco. Las figuras de un grupo se ajustan al mismo criterio por separado; cada una guarda una perfecta autonomía; si una figura aparece sentada de lado sobre las rodillas de otra, los planos de simetría de cada una son normales entre sí.

Según Diodoro, los cánones artísticos dividían la longitud del cuerpo de una estatua, bajorrelieve o pintura mural, en veintiuna partes y un cuarto; y una vez establecidas las dimensiones y distribuído el espacio correspondiente a cada miembro, éstos podían ser realizados por diferentes artistas; a veces, incluso, había especializaciones, y uno pintaba cabezas, por ejemplo; otro bra-

Asnos esculpidos en relieve sobre caliza, en una tumba. (Epoca comprendida entre las dinastías V y VI).



Esculturilla policramada representando una embarcación con sus tripulantes.

La princesa Kawit toma un refresco en tanto le arreglan el pelo.

zos, otro troncos, etc. Diodoro se asombra de lo bien que las partes se fundían en el conjunto, no obstante haber salido de manos de diferentes personas.

Los muros se cuadriculaban antes de pintar sobre ellos las figuras o antes de empezar los bajorrelieves; de este modo era más fácil localizar cada parte en el lugar correspondiente. En los grupos que representaban escenas colectivas, como faenas agrícolas, danzas, etc., los miembros análogos de las distintas figuras alcanzaban la misma altura.

Tanto los dibujos, como los bajorrelieves y las estatuas, están siempre policromados. En las estatuas se aplica el color directamente, o sobre una ligera capa de estuco destinada a fijarlo. Pero el color se reduce a tintas planas e inexpresivas que nada añaden ni restan al valor plástico de la obra; el artista aplica colores convencionales y no los que corresponderían si se atuviese a un criterio naturalista; su propósito no es dar volumen, perspectiva o movimiento a la figura, sino simplemente animarla sin ningún propósito ulterior, diferenciar los objetos o partes que entran en la composición.

Eran consumados artistas los egipcios. Pese al adocenamiento oficial del gusto, el genio artístico late en las obras de arte con pulso inconfundible, sobre todo cuando se ejercita en temas libres al margen total o parcialmente de los cánones y preceptos. Aparece entonces la fina apreciación del natural, el sentido del humor, la gracia del detalle y la ternura humana por los animales y las cosas. Al ver las obras de arte que tratan temas de la vida cotidiana del campo o la ciudad, donde palpita un sello personal de ejecución, se comprende en qué medida el artista se hallaba sujeto a normas ajenas al arte libre, tal y como lo entendemos hoy. Ni aun en el dominio del arte, tan propicio a la exaltación personal, a la rebeldía y al deseo de dejarse arrastrar por el ímpetu creador, se libera el espíritu de los egipcios por entero de las concepciones religiosas a que se subordinan todas las clases de la comunidad.

El artista se sabe dueño de sus recursos, de su técnica. Conoce los secretos de la tradición para "engendrar" las figuras de acuerdo con las exigencias religiosas del faraón y de los sacerdotes, y además de este saber tradicional tiene conciencia de lo que debe al ejercicio de sus capacidades, de

lo que la lucha constante con la materia enseña. Así dice un artista a quien el faraón distingue por sus dotes:

"Conozco el porte de una estatua masculina, el aire inconfundible de la mujer, la actitud contorsionada del que es golpeado; sé hacer que un oio vea a otro — que parezca que mira, diríamos nosotros, que tenga vida, — conozco el sobresalto del que es despertado de improviso, el balanceo del brazo del lanzador — de arpón, jabalina o boomerang, — la inclinación del corredor..."

Pese al reconocimiento de sus dotes personales, la obra de arte es anónima; el artista no aspira a consagrarse a su través; no se propone vivir en la estimación de las generaciones venideras como un individuo, como un elemento destacado del conjunto. Con que el doble de los muertos y de las cosas representadas reconozca su forma adecuada para sobrevivir en ella para siempre, la finalidad que el artista persigue estará conseguida plenamente. Tal es el hito de sus aspiraciones.

Lo mismo la ciencia que el arte, la religión o la administración no tienen sentido al margen de la estructura conjunta del estado teocrático. Se puede hablar del arte griego, de la ciencia francesa,

de la pintura española o holandesa, con cierta independencia de las demás actividades de los pueblos que las crearon; pero no sucede lo mismo en Egipto, país enteramente subordinado a una concepción de conjunto impuesta por las condiciones económico-geográficas del país. La cultura egipcia es como una pirámide: con sus caras lisas, sus aristas convergentes hacia un único designio. El egipcio no concibe la especulación por sí misma; no es turbado por un "demonio" interior como Sócrates, infatigable inquisidor del porqué de las cosas. Todo el saber que abarca la cultura egipcia es práctico; de tal modo está exigido por los fines supremos de la sociedad, que al individuo se le aparece como algo sin fecha de origen, algo revelado por los dioses bienhechores desde el origen de los tiempos. Si se piensa en la totalidad de las actividades del pueblo egipcio, en las obras de irrigación, en los templos y tumbas no superadas por su grandeza y dificultades de ejecución, en el embalsamado de los cuerpos difuntos, en su administración minuciosa y prudente, en su sentido de la justicia y en muchas otras cosas conquistadas desde los tiempos más remotos de la historia, uno se siente maravillado y no puede

menos de pensar en la existencia de una densa cultura objetivada como cuerpo de doctrina coherente, divulgado a sectores muy amplios de la sociedad. Y sin embargo no es lícito hablar con justicia de la existencia de una Geometría, de una Medicina, de una Astronomía o Química egipcias. No conocieron la moneda; el carro de ruedas penetró en el país con los conquistadores asiáticos; conocían el vidrio desde antiguo, pero no sacaron de él ningún provecho superior, como la óptica. No han dejado un solo teorema geométrico, ni una norma médica, ni un conocimiento anatómico, ni un principio hidráulico a la posteridad, no obstante decir Herodoto que fueron los inventores de la Geometría, no obstante la disección de los cadáveres y los preparados antisépticos.

El calendario egipcio es anterior a todo otro de que se tenga noticia; su origen se remonta nada menos que al año 4241 (a. de J. C.). Pero, para llegar a establecerlo, deben haber transcurrido muchísimos años de pacientes observaciones.

El comienzo del año coincidía con el 15 de junio de nuestro calendario, día en que Sirio, la estrella Sothis de los egipcios, aparece por el Oriente un poco antes del sol. Esta fecha solía

coincidir con la inundación. Sirio representaba en la mentalidad de los egipcios a Isis, la cual al llorar a Osiris causaba la crecida de las aguas del Nilo.

Como el 15 de junio Sirio aparece a la altura de Menfis, ciudad próxima a la ciudad Heliópolis, en el Bajo Egipto, se supone fueron los sacerdotes del templo de este último punto los que, tras minuciosas y reiteradas observaciones, llegaron a establecer el calendario. El cielo aquí, claro durante todo el año y con una apariencia casi constante, a causa de su escasa latitud, se presta admirablemente a las observaciones astronómicas. Los sacerdotes, para quienes el cielo era la expresión gráfica de la teología regulaban las fiestas y culto en honor de los dioses a tenor de la posición relativa de los astros en el firmamento. Así los datos astronómicos conservados en las inscripciones y los papiros han permitido a los investigadores actuales fijar ciertas fechas de la historia egipcia y reducirlas a nuestra computación cronológica. Estos datos constituyen lo que los egiptólogos llaman fuentes naturales; ellas han permitido determinar la fecha de ciertos acontecimientos, entre ellos la instauración del calendario mismo, pues

sólo a base de datos astronómicos es posible precisar el año en que entró en vigor.

Distinguían los egipcios desde épocas remotísimas el año que nósotros llamamos comercial, de 360 días, el civil de 365 y el solar de 365 días y cuarto. El primero lo dividían en 36 décadas. A su comienzo, incluían los cinco días sobrantes del año civil. Puesto que el año solar excede en un cuarto de día al civil, al cabo de cuatro años civiles la computación solar se habrá retrasado un día; al cabo de ocho años, dos; al cabo de doce años, tres, y así sucesivamente; así, pues, para que el comienzo del año volviese a coincidir con la elevación helíaca de Sirio debían transcurrir $365 \times 4 = 1460$ años solares o 1461 años civiles. De acuerdo con la terminología de los griegos y romanos, este período se vino a llamar "período sótico".

El día se dividía en doce horas de sol y otras doce de sombra, o sea en 24 horas, como lo hacemos nosotros. Para fijar la hora del día disponían de "gnomons" o relojes de sol, cuyo puntero se cree eran los obeliscos situados a la entrada de los templos. Además, tenían clepsidras o relojes de agua, de cristal, con una raya o indicación en las

paredes para cada hora. Se han encontrado papiros con tablas que permitían fijar la hora durante la noche por la posición relativa de las estrellas.

Entre éstas distinguían dos clases: la de las "indestructibles" o estrellas circumpolares en nuestra terminología, situadas siempre sobre el horizonte, y la de las "infatigables" o planetas. De las primeras conocían 36, o sea tantas como décadas tenía el año. Cada estrella indestructible estaba asociada con una de estas décadas, y por eso se llamaban Decanes. De las infatigables, que simbolizaban los mensajeros de Ra, conocían cinco, al menos durante el Nuevo Imperio, que eran Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

Si bien tenían idea de las constelaciones, no conocieron hasta los últimos tiempos las zodiacales, y ello a través de la cultura griega. A su vez, los griegos las habían tomado de los babilonios, sagaces observadores de los fenómenos celestes y en muchos respectos más progresivos que los egipcios.

En lo que estaban muy versados los egipcios era en la "astrología", o sea en el supuesto influjo de los astros sobre la vida humana. Se han encontrado muchos documentos en los que se consigna la relación de los días fastos y nefastos, o sea de

aquellos en que la suerte sería favorable o adversa, respectivamente, a quien acometiese una empresa dada. Los días durante los cuales se habían librado los combates entre Seth y Horus eran tres veces nefatos. Cuanto se viese durante las festividades de Osiris en la ciudad de Abydos, era indicio de buena suerte. Y aquel cuyo natalicio coincidiese con las fiestas de Ra en el cielo, estaba llamado a morir de gozo o embriaguez. Mas no sólo los días estaban bajo un signo celeste, sino también las horas del día y de la noche. Muchas de estas viejas supercherías son compartidas hoy día por los "fellahs" o campesinos egipcios descendientes de los antiguos habitantes del país. Hasta las recetas medicinales supeditaban su eficacia al momento de su aplicación.

Como consecuencia de la centralización administrativa desde época temprana, y de la necesidad de dividir las tierras y fijar los impuestos, se impuso un sistema de medidas. Empleaban el pie los escultores en sus cánones; la crecida o altura de las aguas se medía en codos (0.45 m.); el codo se dividía en dos cuartas o palmos, y el palmo en tres "manos" y la mano en 4 dedos. Para las gran-

des longitudes usaban una unidad distinta, el "itru", equivalente a 5000 codos.

Para la medida de los terrenos empleaban una unidad de superficie equivalente a 2.756 m².

La unidad de capacidad, el "hennu", equivalía a 0.45 litros.

La balanza de platillos aparece en multitud de grabados. Anubis y Thot pesaban el corazón del muerto, frente al tribunal de Osiris, en una balanza de esta clase. La unidad de peso se llamaba "deben". Para equilibrar la balanza empleaban lingotes o masas de metal con figura de animales.

Los egipcios desconocieron la moneda hasta la conquista de los persas en 525 a. de J. C. Los objetos se cambiaban contra determinados pesos de oro, plata y cobre no amonedados.

Tanto la aritmética como la geometría eran pobres, a juzgar por los documentos llegados a nosotros. Para trazar perpendiculares valíanse de un cordel atado por sus extremos y con nudos a una distancia de 3, 4 y 5 unidades; extendido sobre el terreno o sobre una superficie cualquiera en forma de triángulo, con los vértices en los nudos, el ángulo opuesto al lado mayor es recto y por lo tanto sus lados perpendiculares, puesto que

$3^2 + 4^2 = 5^2$. En cambio, el caso general del teorema de Pitágoras les era desconocido. Muchas de las fórmulas empleadas tenían carácter aproximado. Lo mismo sucede hoy todavía entre nosotros, pues los técnicos, por lo general, no necesitan extremar la exactitud de sus cálculos. Y los egipcios eran técnicos, hombres más atentos a la aplicación que al conocimiento por sí mismo, al revés que los griegos. En un célebre papiro conservado en el Museo Británico asignan al número *pi* el valor 3,1406.

Su sistema de numeración era el decimal, o de base 10. Tenían así signos para los números del 1 al 9 y para los 10, 100, 1000, etc. hasta 1.000.000. Carecían de signo para el 0, como los griegos, los romanos y otros pueblos de cultura avanzada, lo que pone de manifiesto el grado de abstracción que supone otorgar al cero la categoría de número.

A excepción de las fracciones 2|3 y 3|4, los egipcios sólo calculaban con las del numerador 1; así, en vez de escribir como nosotros 4|5, por ejemplo, escribían 1|5, 1|5, 1|5, 1|5. Las multiplicaciones y divisiones se efectuaban por medio de la suma y la resta, respectivamente.

X

VIDA DOMESTICA

EL gobierno egipcio era teocrático. El faraón era la encarnación de Ra mientras vivía, y al morir la de Osiris. Su misión era la de hacer la felicidad de sus súbditos, tal como la habían hecho los dioses que, según la tradición, habían gobernado el país al comienzo de los tiempos.

Todo el poder se hallaba en sus manos, así en el orden civil como en el religioso. Tal sucedía con los zares rusos antes de la revolución, con la diferencia de que éstos no se consideraban dioses como los faraones. Este poder, por haberle sido otorgado por los dioses en el acto de la coronación, era incontestable.

Nada importante pasaba que el faraón no su-

piese, ordenase o sancionase. Rendía culto a los dioses, fallaba pleitos, mandaba los ejércitos, proclamaba las leyes, disponía de las aguas y las tierras, etc.

Se levantaba con el sol; sus mujeres lo saludaban con cantos y músicas y le deseaban un apacible despertar. Pasaba luego al lugar destinado a las abluciones, donde sus servidores le bañaban, le daban masaje, le secaban y perfumaban. Terminado el baño se desayunaba.

Estas acciones remedaban las de Ra. Así, éste es también despertado por cantos de salutación. Inmediatamente se le presentaba la hija de Anubis "la diosa del frescor", con los vasos de agua para "refrescar el corazón del dios al despertar". Horus y Thot frotan su cuerpo.

Puesto que el faraón era un dios, todos sus actos tenían un sentido religioso; su vida era, en cierto modo, un remedo de la vida de los dioses que le habían precedido.

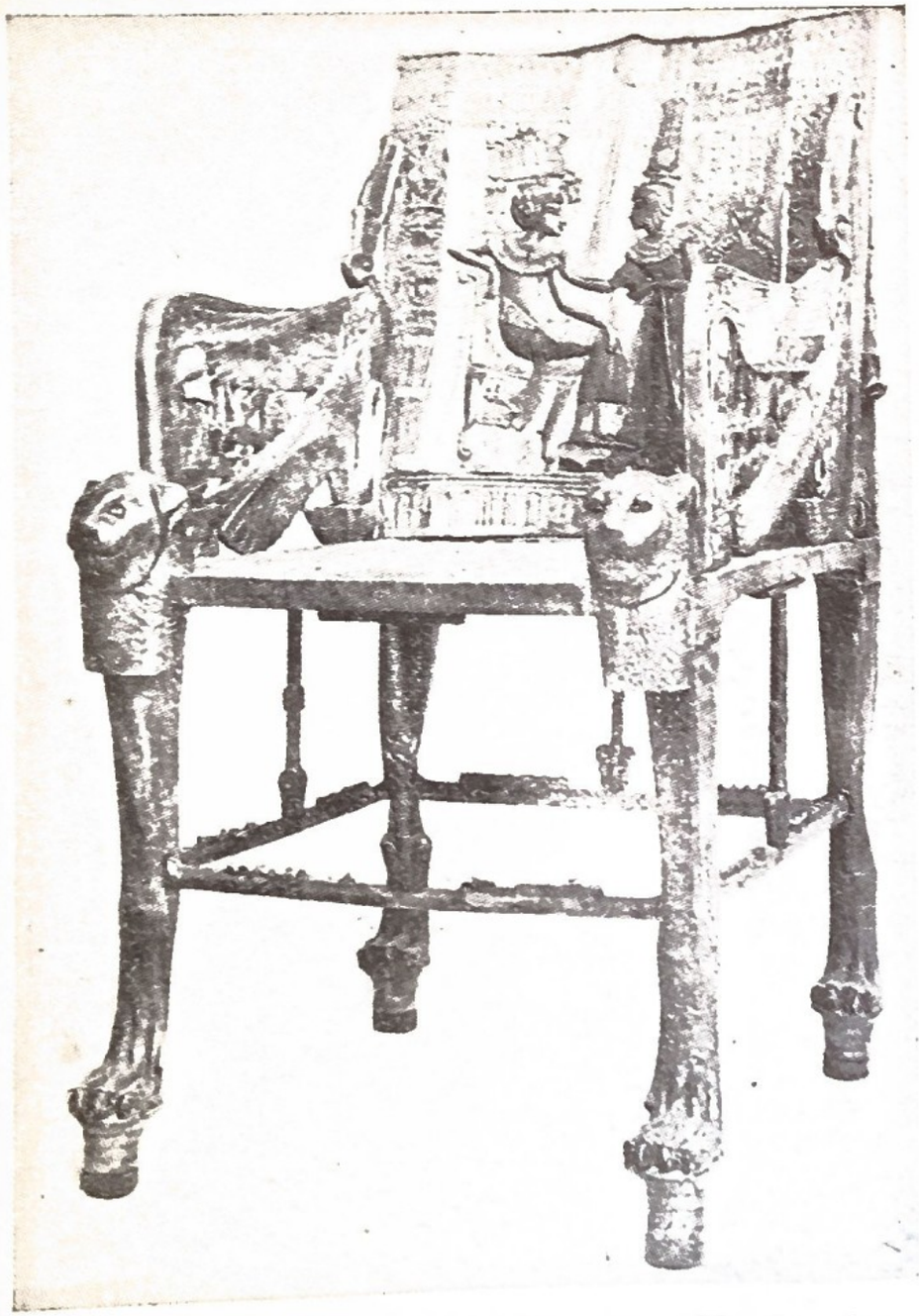
El faraón purifica los templos en que oficia como sacerdote supremo, con abluciones y con fumigaciones de incienso, de mirra y de otros productos aromáticos, hecho lo cual rompe el sello de arcilla de la tapa de la naos, de piedra o ma-

dera, que encierra la estatua del dios. Igual que han hecho con él sus mujeres, el faraón despierta a la estatua con un canto de salutación y adoración matinal, la purifica con incienso y hace el simulacro de abrirle la boca. Esta ceremonia forma parte muy importante del culto divino, porque una vez embalsamado el cuerpo de Osiris, su esposa Isis y los dioses que la ayudaron le abrieron también la boca para que la vida tornase a la momia. Desde entonces, se hacía lo mismo con todos los cuerpos momificados y con las estatuas en que renacía o se reencarnaba el "doble" de la persona muerta. A continuación la presenta las ofrendas materiales escogidas para su alimento. Entre ellas hay una meramente simbólica, la ofrenda de la diosa de la Razón o Justicia, Maat, consejera de Ra y por este dios querida y estimada. Una vez presentadas las ofrendas, el faraón purifica la estatua, la acicala, la adorna con toda clase de atributos, como el cetro, la corona; la unge con aceites y perfumes. Vuelta a cerrar la naos y sellada con el sello de arcilla, el faraón se retira de espaldas, o sea sin dejar de dar la cara a la naos, barriendo la huella que sus pasos pudieran dejar en el suelo. Estas ceremonias, que tienen lugar en

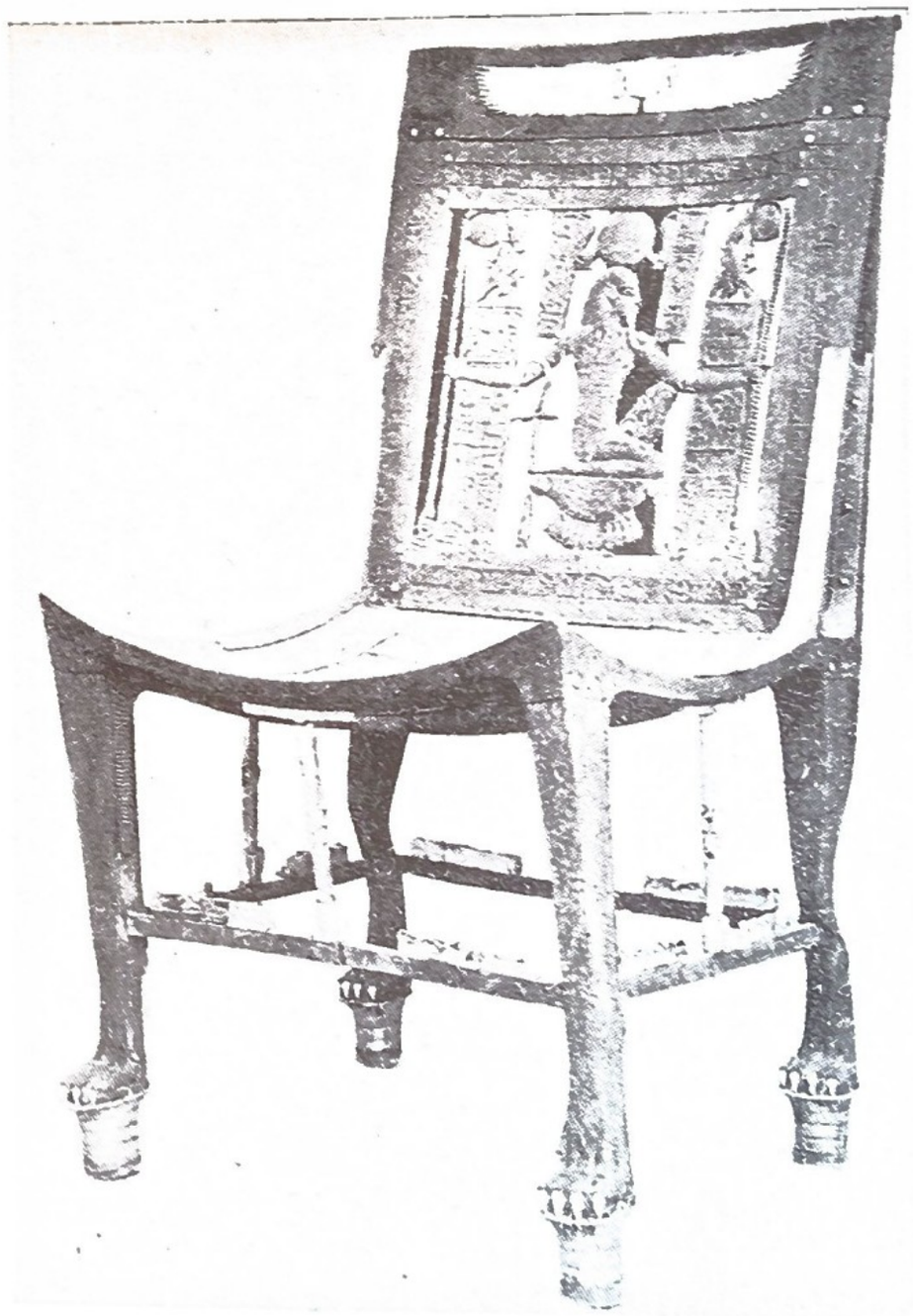
la parte más íntima y sombría del templo, no son presenciadas sino por los sacerdotes de más alta jerarquía.

Una vez que el faraón ha cumplido sus deberes religiosos y ha hecho su desayuno, empieza sus funciones de gobernante en lo que hoy llamaríamos su despacho, donde le esperan los altos funcionarios y los escribas, bien provistos de papiros, paletas, cálamos y demás elementos de escritorio. Su trabajo es abrumador. Se entera de la marcha de los asuntos concernientes a todos sus vastos dominios, lee los documentos sellados, comunicaciones, cartas; dicta órdenes y hasta las escribe personalmente. Del palacio real salen cientos de emisarios encargados de extender la voluntad del soberano por todos los ámbitos del reino. Estos emisarios y correos del faraón están simbolizados, en el orden celeste, por las estrellas "infatigables" o planetas, cuya misión es difundir por el universo las órdenes de Ra.

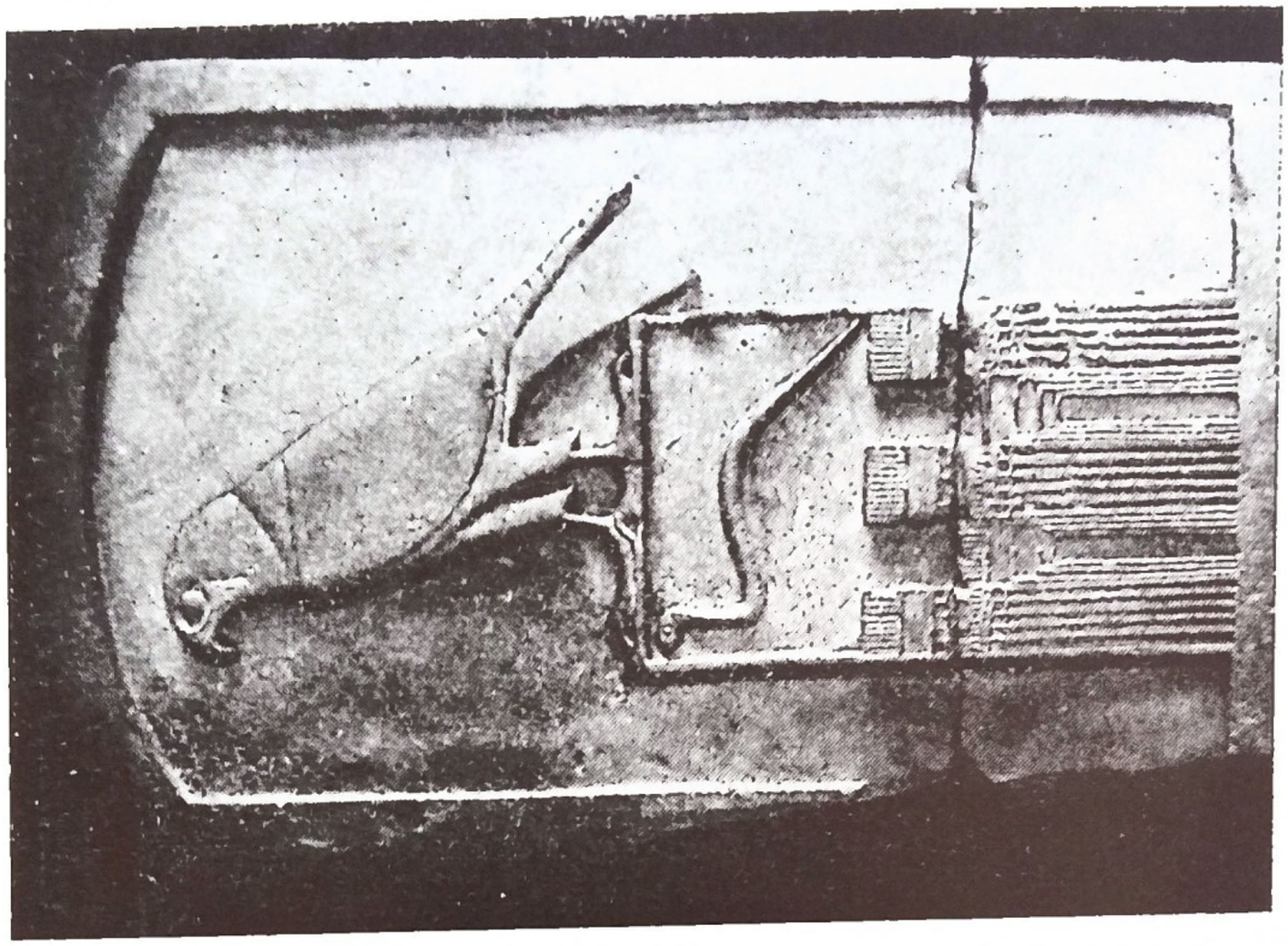
Los años de sequía, con la consiguiente escasez en todo el país, han aleccionado a los faraones en las medidas de economía, tanto más que ellos eran responsables ante los dioses del bienestar de sus súbditos. Así tenían grandes depósitos de gra-



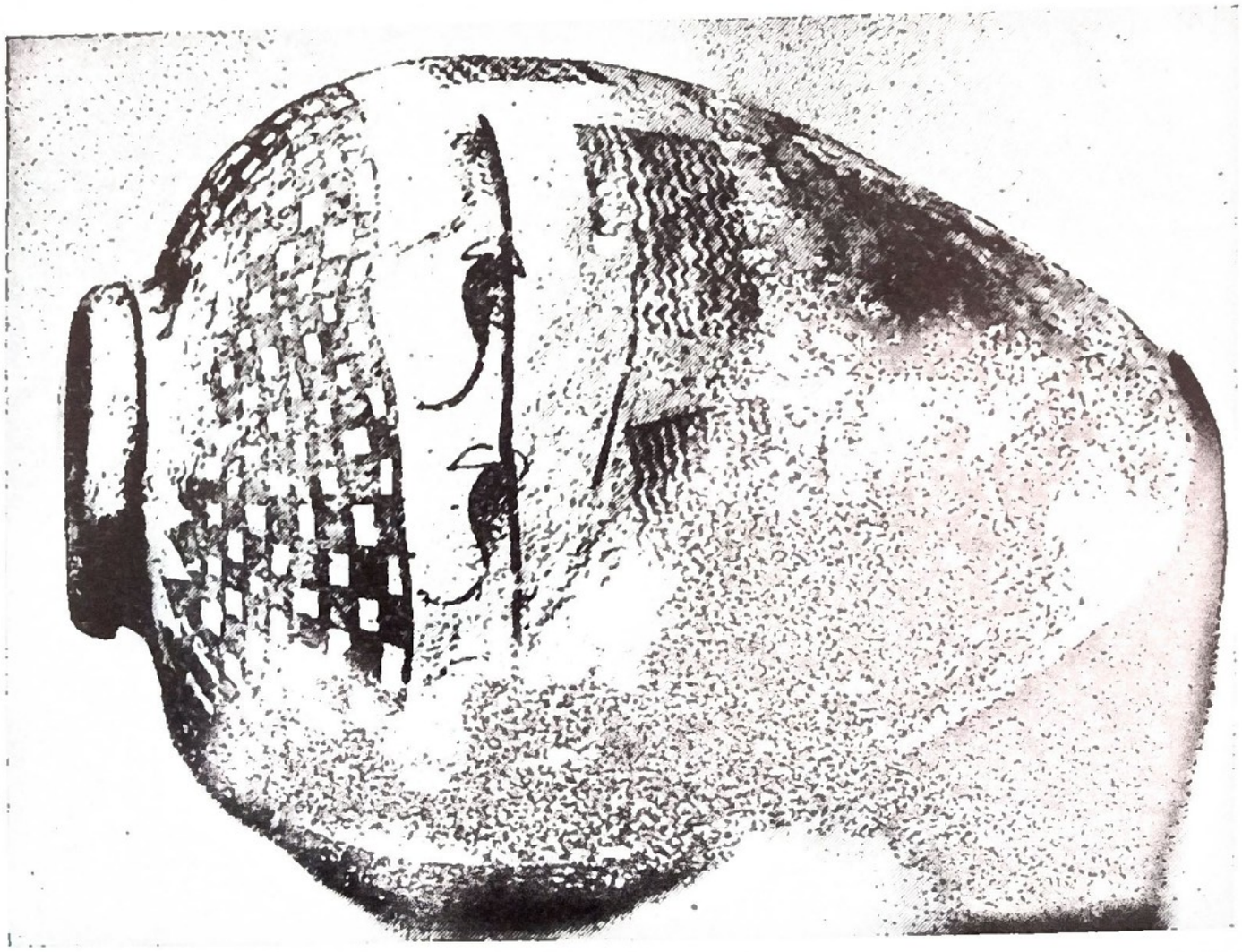
Trono de Tutankhamen, recubierto de oro y guarnecido de piedras preciosas.



Sillón de cedro adornado de oro, perteneciente al palacio de Tutankhamen.



Estela en que aparecen el halcón y la serpiente.



Muestra de cerámica egipcia, decorada de rojo.

nos, ganados y toda suerte de provisiones para hacer frente a cualquier contingencia. Un funcionario especial lleva el balance de las entradas y salidas de productos en un libro destinado al efecto, "el Libro del Dios", que el faraón revisa minuciosamente.

El faraón es el creador de la Ley y del Derecho. Los súbditos atribuyen a sus palabras un poder equivalente a las de los dioses supremos, a las del Creador del universo. Según ellos, lo que el faraón dice se convierte en hecho por el mágico poder de sus palabras. "Todo lo que él dice se realiza", "dice lo que es y determina el acaecimiento de lo que no es todavía". Cuando decide un litigio, con carácter inapelable, claro está, se dice que "separa las palabras". Justicia es lo que el faraón ama; lo que odia es la injusticia, la sin razón, la falsedad.

El faraón vive rodeado de consejeros, de sabios, de magos y astrólogos. Las personas de confianza son llamados los "jefes del secreto". Estos altos dignatarios son tratados con una especial condescendencia y séntados a su derecha. Por lo general, estos altos cargos están encomendados a la familia real. Los que tienen a su cargo hablar en nom-

bre del faraón son llamados "la boca del rey", "la lengua", el "repetidor", "los ojos", etc., del monarca. Pero el faraón también ejerce su cargo en público, sentado sobre su trono, con todos los atributos de la majestad. Todos los presentes están entonces galvanizados por su esplendor. Sus palabras son escuchadas en actitud del que besa la tierra. Sólo en casos de extrema condescendencia permite el faraón a los que se le acercan besar sus pies y no el suelo.

Las comidas reales son sólo comparables a las de los dioses, por su calidad y abundancia. Antes de comer se lava la boca, se unge y perfuma, viste trajes limpios y frescos y entonces acepta los alimentos más exquisitos que le ofrecen los dioses de los campos. Entre los alimentos figuran las carnes de buey, cabra, antílope, patos y otras muchas especies de aves; multitud de pasteles con las verduras más frescas y ricas aparecen en la mesa de las ofrendas; varias clases de cerveza, vinos de varias clases, blancos y tintos; leche, licores hechos de jugos fermentados de higos, etc. Se alimenta, como dice un texto, "de millares de panes, de millares de cervezas, de millares de ganados, de millares de aves, de todas las cosas de

que viven los dioses". "No conoce jamás la sed ni el hambre", pues cuenta con "todas las cosas buenas y puras que el cielo da, que la tierra crea, que el Nilo trae de su escondrijo".

Es de notar que los egipcios no conocían el uso de los huevos ni de la gallina. Se cree que fueron los asiáticos los que introdujeron en fecha tardía esta innovación en el valle del Nilo.

Eran los egipcios muy frugales; el alimento popular y el que figura en las tablas de las ofrendas primitivas era un pan de forma cónica hecho de centeno o cebada y un vaso de cerveza. Por fortuna, el clima seco y cálido no requiere una alimentación pesada. En cambio la bebida era un factor esencial, sobre todo la cerveza, de la que fabricaban diversas clases.

Los egipcios comían sentados en el suelo, alrededor de una mesa baja. De las hojas de palmera y de plantas acuáticas hacían esteras para dar comodidad a la casa. La comida se colocaba en el centro del corro de los comensales, y éstos tomaban los manjares con las manos. La carne solía cortarla el jefe de familia.

Los egipcios despreciaban el pescado; en cambio apreciaban en gran medida las aves, que tanto

abundan en el país, especialmente las palomas, los patos, codornices y muchas otras.

La caza era un deporte de los ricos. El mismo faraón aparece representado cazando leones y animales salvajes del desierto. La destrucción de estos animales venía a simbolizar las luchas de Horus contra Seth.

El cocodrilo era, en ciertas ciudades, un animal sagrado. En Arisonoe, por ejemplo, ciudad llamada también Krokodilópolis, era venerado y se le suponía la encarnación de un dios, una modalidad de Seth o Thypon. Se le alimentaba en ciertos estanques para aplacar las iras de la deidad que simbolizaba.

Una especie de cocodrilo que aparecía con las crecidas del Nilo, era considerado un símbolo bienhechor. Los ejemplares de esta especie, alimentados en estanques y adornados con valiosas joyas, eran al morir embalsamados lo mismo que el buey Apis. Se han encontrado sepulcros conteniendo muchas momias de estos cocodrilos amaestrados, así como sus huevos.

A diferencia de la mayoría de los pueblos orientales y africanos, la mujer tenía en Egipto atribuciones que la equiparaban al marido. Los

hijos llevaban el apellido materno y, como en las sociedades matriarcales, los hijos, a la muerte de la madre, pasaban a depender del tío materno. Ya en el mito de Osiris aparece su esposa, Isis, elevada a una categoría destacada; ella es la que gobierna el país en ausencia de su marido. Esta significación de la madre de familia es puesta además en evidencia en la tutela que las esposas del faraón difunto ejercían durante la menor edad sobre los futuros soberanos. Hatshepsut, esposa de Tutmosis I, ha sido representada con barba por los artistas, a causa de haberse hecho proclamar varón para asumir las funciones faraónicas. Las ejerció durante la minoridad de su hijo con rara habilidad y energía; bajo su regencia el poder egipcio se extendió por el mar Rojo hasta el codiciado Punt, de donde procedían las esencias y otro valiosos productos.

Según ciertos autores, en la vida de la mujer casada se distinguían tres grados; uno, hasta el fin del primer año, durante cuyo período se ponía a prueba su aptitud para la maternidad. En caso negativo podía ser repudiada mediante ciertos requisitos. Durante el segundo grado, la mujer participa en igual medida que el marido en la ad-

ministración de los bienes familiares; finalmente, durante el tercer grado, la mujer asume la jefatura de la casa.

En Egipto era lícito el matrimonio entre hermanos. Esto era obligado o poco menos en el caso de la familia real. El hecho de que el faraón tuviese un harén, y lo mismo los hombres de alguna categoría, no desdice la autoridad de que gozaba la esposa legítima, su hermana por lo general. Recuérdese que Osiris estaba casado con su hermana Isis.

Como hemos visto por lo que antecede, el pueblo egipcio estaba formado en sus caracteres esenciales cuando el resto de la humanidad se hallaba aún haciendo los primeros ensayos de organización social.

Esta unidad interna mantenida a lo largo de tantos milenios, su confinamiento geográfico juntamente con la carencia de afanes imperialistas que le llevasen a confrontar sus propias ideas y creencias con las de otros pueblos, han conferido a su cultura un carácter concluso, con ese grado de perfección íntima que se vislumbra a través de su único medio universal de expresión, el arte.

Hasta hace poco el tejido íntimo de la cultura egipcia nos estuvo vedado por desconocer su idioma, y aun hoy nos movemos con esa incertidumbre y ese asombro que sobrecogen a los exploradores de las pirámides y de los templos.

Es posible que una vez asimilado a fondo el lenguaje egipcio y reunido y ordenado el material disperso por todo el mundo, podamos contemplar la cultura y la historia de este pueblo bajo una nueva luz que nos permita penetrar el secreto de sus motivaciones esenciales. Tal vez entonces se nos revelen valores de universal fecundidad, pues el hecho de que hasta ahora la humanidad haya encontrado escaso ejemplo en aquella milenaria civilización no quiere decir que en ella no existan realmente gérmenes hasta ahora incomprendidos, que puedan fertilizar las formas actuales y venideras de cultura.

FIN

INDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	5
I. — EL NILO	11
II. — LAS CRECIDAS	21
III. — CLIMA Y CULTIVOS	31
IV. — ORIGEN DEL PUEBLO EGIPCIO Y SU EVOLUCIÓN SOCIAL	39
V. — EL MITO DE OSIRIS	49
VI. — LAS TUMBAS	71
VII. — LOS TEMPLOS	85
VIII. — LA ESCRITURA	93
IX. — VIDA INTELECTUAL	107
X. — VIDA DOMÉSTICA	125

PIRAMIDE :- PIRAMIDE DASHUR
" MERCE

BIBLIOTECA BILLIKEN

Con las publicaciones de esta Biblioteca, la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN *se distribuyen en cuatro colecciones:* 1ª, COLECCION ROJA: *comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal;* 2ª, COLECCION VERDE: *vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia o por el interés épico o novelesco de sus peripecias;* 3ª COLECCION AZUL: *obras, hechos y hombres de América;* 4ª, COLECCION ORO: *divulgación amena de temas científicos, geográficos e históricos.*

Volúmenes Publicados y en Prensa:

COLECCIÓN ROJA

Homero. — ***LA ILIADA***

Homero. — ***LA ODISEA***

Virgilio. — ***LA ENEIDA***

EL POEMA DEL CID. *(Versión actual de Ricardo Baeza).*

Dante. — ***LA DIVINA COMEDIA***

Cervantes. — ***DON QUIJOTE DE LA MANCHA***

TRES OBRAS DE SHAKESPEARE

TRES DRAMAS DE CALDERON

TRES COMEDIAS DE MOLIERE

TRES OBRAS DE LOPE DE VEGA

Wagner. — ***EL ANILLO DEL NIBELUNGO***

TRES OBRAS DE SCHILLER

Walter Scott. — ***IVANHOE***

W. Thackeray. — ***LA FERIA DE LAS VANIDADES***

Le Sage. — ***GIL BLAS DE SANTILLANA***

Mayne Reid. — ***EL JINETE SIN CABEZA***

Stendhal. — ***LA CARTUJA DE PARMA***

Dickens. — ***OLIVERIO TWIST***

J. Swift. — ***VIAJES DE GULLIVER***

Balzac. — ***LA PIEL DE ONAGRO***

E. Stowe. — ***LA CABAÑA DEL TIO TOM***

A. Dumas. — ***LOS TRES MOSQUETEROS***

FABULAS DE IRIARTE

CUENTOS Y APOLOGOS DE TOLSTOI

VIAJES DE SIMBAD EL MARINO

COLECCIÓN VERDE

GRANDES MUSICOS
GRANDES PINTORES
GRANDES INVENTORES
MARTIRES DE LA CIENCIA
SANTA TERESA
SAN FRANCISCO DE ASIS
SAN IGNACIO DE LOYOLA
VIAJES DE MARCO POLO
CRISTOBAL COLON
LIVINGSTONE
PASTEUR
JUANA DE ARCO
MAGALLANES
HERNAN CORTES
CABEZA DE VACA
MAHOMA
NAPOLEON
CARLOS V
CROMWELL

COLECCIÓN AZUL

Lucio V. Mansilla. — UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES
E. Morales. — LEYENDAS Y FABULAS GUARANIES
Hernández. — MARTIN FIERRO
Estanislao del Campo. — FAUSTO
Fenimore Cooper. — EL ULTIMO MOHICANO
José Mármol. — AMALIA
Jorge Isaacs. — MARIA
Mark Twain. — AVENTURAS DE HUCK FINN
Lucio V. López. — LA GRAN ALDEA
LA CONQUISTA DEL PERU
A. Larrán de Vere. — EL RASTREADOR
Da Cunha. — LOS SERTONES LOS PIELES ROJAS
Margarita Rothkopf. — TEATRO INFANTIL
350 POESIAS PARA NIÑOS
LINCOLN
SAN MARTIN
BOLIVAR
LINIERS
BUCHARDO
JUAREZ
FRANKLIN
MIRANDA

COLECCIÓN ORO

1. *MARAVILLAS DE LAS REGIONES POLARES*
2. *LA CIVILIZACION DEL NILO*
3. *POBLADORES DEL MAR*
4. *PRODIGIOS DE LAS AVES*
5. *EL MUNDO MICROSCOPICO*
6. *LOS GIGANTES MARINOS*

PRECIO DE CADA VOLUMEN:

Edición económica ..... $ 1.20 m/n.
Edición de lujo ..... „ 2.— „

NOTA: ***La Colección Oro sólo aparece en edición de lujo.***

BIBLIOTECA ATLÁNTIDA

DE OBRAS EJEMPLARES

(Volúmenes publicados y en prensa)

SHAKESPEARE. — HAMLET

GOETHE. — WERTHER

HURTADO DE MENDOZA. — LAZARILLO DE TORMES

FRAY LUIS DE LEÓN. — LA PERFECTA CASADA

PEDRO A. DE ALARCÓN. — EL SOMBRERO DE TRES PICOS

LUCIO V. MANSILLA. — UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES

CONSTANCIO C. VIGIL. — AMAR ES VIVIR

VIDAS QUE PASAN

LAS VERDADES OCULTAS

Precio de cada volumen: $ 1.50 m/n.

COLECCION ANTORCHA

BIBLIOTECA DE DIVULGACION CULTURAL

Volúmenes publicados y en prensa:

M. Villegas-López. — EL CINE.

Ernesto Morales. — SARMIENTO DE GAMBOA.

Celso Cruz. — LA CONQUISTA DEL AIRE.

Pedro Valle. — LOS PIRATAS.

Ernesto Morales. — LA ATLANTIDA.

Córdova Iturburu. — SOCRATES.

Alfredo Monte. — DARWIN

Pedro Valle. — SAN PABLO.

M. Soto Hall. — CULTURA MAYA.

Enrique Planas. — EDISON. (*Su vida y sus inventos*).

Ramón Prieto. — LOS MISTERIOS DEL AMAZONAS.

F. Díaz Bustamante. — MIGUEL ANGEL.

Fernando Córdova. — LA CIVILIZACION AZTECA.

M. Villegas-López. — VIDA DE SUTTER.

José Barbanza. — LUTERO.

Enrique Planas. — BEETHOVEN.

Héctor P. Agosti. — EMILIO ZOLA.

A. Guillot Muñoz. — FELIX DE AZARA Y SU OBRA.

Hernán Valdovinos. — TOLSTOI.

Enrique Planas. — LOS JESUITAS EN AMERICA DEL SUR.

Precio de cada volumen corriente $ 1.20 m/arg.

OBRAS DE CONSTANCIO C. VIGIL

El Erial

Es el libro de la paz, el amor, la justicia y el bien. La actual es la 11ª edición.

Económica $ 1.50
De lujo „ 4.—

La Educación del Hijo

Obra única en su género y de indudable utilidad para los padres. **2ª edición preciosamente presentada $ 2.—**

Vidas que Pasan

En este breve volumen desfilan personas que todos conocemos; pintados con admirable maestría sus rasgos característicos. Es libro que ayuda como ninguno a conocer a la humanidad. **Edición en cartoné $ 1.50**

Las Verdades Ocultas

Con lenguaje sencillo y al alcance de todos evidencia el autor en este volumen que existen causas de nuestras acciones que apenas puede entrever nuestra limitada razón, lo que ha de inducirnos a la sumisión a las leyes eternas y divinas que rigen la vida universal. **Edición en cartoné $ 1.50**

Amar es Vivir

En este volumen aparecen los rasgos esenciales del alma americana. Se leen todas sus páginas con deleite y se siente el lector afirmado en su fe y en sus convicciones americanistas. **Edición en cartoné $ 1.50**

PARA LOS NIÑOS

Marta y Jorge

El libro que enseña al niño a amar la naturaleza. Décimotercera edición con 150 preciosos grabados en colores de Federico Ribas: **$ 2.—.**

¡Upa!

Libro con método original del autor para aprender a leer. Quinta edición: **$ 1.—.**

Vida Espiritual

Manual para la dignificación del niño (5 artísticos tomos independientes entre sí). Cada uno: **$ 1.50.**

La Hormiguita Viajera

Cuento. Primorosa edición artística con magníficas ilustraciones multicolores de Federico Ribas: **$ 5.—.**

La Escuela de la Señorita Susana

Lecturas adecuadas para niños de 7 a 8 años. Aprobada para primer grado superior de las escuelas elementales. Sexta edición en colores: **$ 1.20.**

Mangocho

Relato de la vida infantil del autor, quien se identifica con los demás niños. Sexta edición ilustrada por Federico Ribas, con grabados en colores. Libro aprobado por el Consejo Nacional de Educación de la República Argentina como texto de lectura para cuarto grado: **$ 1.50.**

Compañero

Lectura para niños de 8 a 10 años. Libro aprobado como texto para segundo grado. Sexta edición: **$ 1.30.**

Cuentos para los Niños

Todos los cuentos de este autor se hallan editados en la "Biblioteca Infantil Atlántida", en libros de gran formato (18 x 27 ctms.) impresos en colores con hermosos dibujos y tapas de cartón. Estos libros se venden al precio de **$ 1.50** moneda argentina cada uno. He aquí los títulos de la colección:

Misia Pepa y otros cuentos
Los Chanchín " "
El Mono Relojero " "
Muñequita " "
Los Ratones Campesinos " "
Gorgorino " "
Tragapatos " "
Misericordia " "
La Hormiguita Viajera " "
El Manchado " "
La Dientuda " "

Cartas a Gente Menuda

También existen ediciones económicas de 79 libritos, cada uno con un cuento y con bonitas ilustraciones en colores, a 10 centavos.

Los precios aquí indicados son en moneda argentina, pudiéndose hacer los pedidos del exterior enviando dólares a razón de $ 4.20 moneda argentina por dólar.

Casa Atlántida, Florida 643, Buenos Aires, República Argentina, los envía libre de porte.

COLECCION ORO. — Incorporada a la Biblioteca Billiken, la Colección Oro aspira a divulgar entre los lectores los temas más apasionantes del momento, tanto en el dominio de las ciencias históricas y geográficas como en el de las ciencias naturales.

No va dirigida exclusivamente al estudiante, sino al público en general, pues a todos interesa una visión objetiva de los problemas y hallazgos actuales.

Hacer que el lector aprenda a ver el milagro del mundo en que vive y que en la mayoría de los casos ignora por creerlo sabido es, en resumen, nuestro propósito.

(*Véanse títulos publicados y en prensa en el catálogo general de la BIBLIOTECA BILLIKEN que figura en este mismo número*).